

DEL GRAN CAPITÁN A LOS TERCIOS: LA HERENCIA DE GONZALO FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA EN LOS EJÉRCITOS DE LOS AUSTRIAS (SIGLOS XVI Y XVII)¹

Antonio José RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ²

Eduardo de MESA GALLEGOS³

RESUMEN

En el presente trabajo abordaremos las innovaciones militares del Gran Capitán y el impacto que tuvieron durante 200 años, a través del análisis de la tradición militar española durante los siglos XVI y XVII, y su concepción de la guerra. El objetivo a tratar será la plasmación de las novedades introducidas por el Gran Capitán, y su consolidación y evolución a largo plazo en los Tercios de la segunda mitad del siglo XVI y todo el siglo XVII, hasta la llegada de los primeros Borbones y la instauración de un sistema militar a imitación del francés. De esta manera analizaremos las enseñanzas e innovaciones de los ejércitos del Gran Capitán –ideas que dieron lugar a los ejércitos modernos–, y su rastro en el sistema militar de los Austrias, y en su tradición táctica y concepción estratégica.

¹ Abreviaturas utilizadas: Archivo General de Simancas (AGS): Guerra Antigua (GA), Estado (E), Secretarías Provinciales (SP); Galeras (G); Archivo Histórico Nacional (AHN): Estado (E); legajo (leg.), folio (f.). Trabajo realizado gracias a la ayuda del proyecto financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad: *Conservación de la Monarquía y Equilibrio Europeo entre los siglos XVII y XVIII*, HAR2012-37560-C02-01.

² Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED).

³ Fundación Carlos de Amberes.

PALABRAS CLAVE: Ejército, Infantería, Caballería, táctica, estrategia, soldados.

ABSTRACT

This paper explains the military innovations of the Great Captain and their impact for over 200 years through the analysis of the Spanish military tradition during the Sixteenth and Seventeenth centuries and his concept of war. We will explained the innovations introduced by the Great Captain and how they were consolidated and evolved during the long term inside of *Tercios* during the second half of the Sixteenth Century and the Seventeenth Century, until the proclamation of the Bourbon dynasty and the instauration of a military system copied from the French. In that way, the teachings and innovations of the armies of the Great Captain –thoughts that created the modern armies–, their traces in the military system of the Spanish Habsburgs, and their tactic tradition and strategic concept will be analyzed.

KEY WORDS: Army, Infantry, Cavalry, tactic, strategy, soldiers.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

Los poco más de doscientos años que van de la Conquista de Granada a la llegada de los Borbones al trono de España han sido una de las épocas más revolucionarias para la historia de los ejércitos. En ese periodo se fraguaron transformaciones sustanciales de todo tipo, que van de la propia tecnificación del armamento, a un cambio radical de la concepción táctica y social de la guerra. Evolución en la que se vio inmerso el ejército español, en una de sus épocas de mayor gloria militar, siendo España una de las naciones que más impulsó esos cambios, que tuvieron unas repercusiones no sólo europeas, sino también globales, ante el claro predominio de las naciones europeas sobre el mundo –especialmente América y algunas partes de Asia y África– durante toda esta época. Para entender esta evolución sólo nos hace falta comparar la imagen del prototipo de soldado de finales del siglo XV y otro de finales del siglo XVII. De un caballero medieval, con la de un infante de finales del reinado de Carlos II.

En la sociedad medieval del siglo XV el soldado típico y más característico de los ejércitos europeos era el caballero feudal. Es cierto que en los ejércitos de finales del medievo su número era ya menos significativo en relación a los infantes –que habían ganado peso, y aumentado en número–, pero todavía todo seguía girando en torno a ellos. La función de la infantería era realmente ayudar y apoyar a la caballería en sus misiones, protegerla, servirla de pantalla o apoyarla con fuego de flechas y virotes de ballesta. Pero los soldados de la caballería pesada –recubiertos de hierro– seguían siendo la élite, y a ellos se les encomendaban las misiones decisivas, ya fuera una carga de caballería que decidiera la batalla, o desmontados se encargasen de liderar el asalto a una fortificación. Sin duda el caballero feudal era el mejor preparado para la guerra, por lo que pretendían imponer unos métodos de combate en los que predominaba la lucha cuerpo a cuerpo, y en la que sobresalían los mejor equipados: los nobles⁴.

La guerra durante la Edad Media había impregnado –en mayor o menor medida– todos los aspectos de la vida cotidiana de la población de la Europa occidental⁵. El caso de la Península Ibérica es todavía más evidente, al haberse desarrollado una continua guerra de Reconquista del territorio ocupado por los musulmanes. En la sociedad estamental la guerra es la que daba sentido a los privilegios de la nobleza, por lo que los nobles debían estar dispuestos a luchar cuando el rey les llamara, o cuando sus vasallos fueran amenazados. La nobleza estaba predestinada a la guerra, y muchos segundones optaban por la vida militar, para continuar así con un estilo de vida noble. Su marcada función militar, y sus mayores medios económicos, hacían de los nobles los mejor preparados para la guerra. Ellos eran los únicos que podían permitirse comprar armaduras pesadas, o mantener un caballo de batalla que debía ser entrenado desde su nacimiento, y que no valía para otras funciones. Eran una élite social destinada a la guerra que formaba la espina dorsal de las huestes medievales⁶.

A finales del siglo XVII, tras los cambios que supuso la revolución militar, el prototipo del soldado nada se parecía al del siglo XV. La infantería había ganado la partida, y la calidad se había impuesto al número. Los ejércitos de mediados del siglo XVII eran capaces de reunir más soldados, siendo la mayoría infantes, aumentando la proporción de armas de fuego. A nivel social la diferencia era clara con respecto al pasado, ya

⁴ Vale, Malcolm: *War and Chivalry. Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*. Gerald Duckworth, Londres, 1981.

⁵ Keen, Maurice: *Historia de la Guerra en la Edad Media*. Antonio Machado, Madrid, 2006.

⁶ Cardini, Franco: “El guerrero y el caballero”, en Le Goff, Jacques (ed.): *El hombre medieval*. Alianza, Madrid, 1990, pp. 117-118.

que el recluta típico del siglo XVII era un soldado de origen humilde, ya fuera reclutado voluntariamente o a la fuerza. La nobleza seguía militando en las filas del ejército, pero ahora ya no lo hacía exclusivamente en un cuerpo como la caballería, sino que la nobleza había encontrado su función como oficiales del ejército, reduciéndose notablemente su proporción sobre el conjunto del ejército. Ahora los nobles eran muy pocos, por lo que su representatividad en el seno del ejército estaba mucho más acorde con su importancia y sus números dentro de la sociedad.

Además los soldados vestían de una manera mucho más modesta y barata –acorde con sus orígenes sociales–, con uniformes y armas hechas en masa, y que en nada se diferenciaban a la de sus compañeros, habiendo abandonado por completo cualquier armadura defensiva metálica. Con la aparición de los vestidos de munición, a la altura de la década de 1660 todos los Tercios del ejército español vestían de una manera diferente los unos de otros –para diferenciarse–, estableciéndose que los soldados de la misma unidad vistieran de manera idéntica, con las mismas prendas y colores, desapareciendo la capacidad de que los soldados engalanaran como quisieran⁷. El tradicional individualismo en el combate, o en el vestido, que ejemplificaba el espíritu guerrero de tradición medieval⁸, era sustituido por uniformes idénticos que representaban la lucha en grupo y el espíritu de pertenecer a un cuerpo. La individualidad quedaba relegada frente a la disciplina férrea y el grupo. Se pasaba de unos guerreros que querían diferenciarse de los demás –tanto social y físicamente, como en sus acciones–, a unos soldados que todos tenían un aspecto idéntico.

Realmente el prototipo de soldado de finales del siglo XV poco o nada tenía que ver con uno de finales del XVII, ni en su aspecto, armamento u origen social. De hecho realmente el prototipo de soldado de finales del siglo XVII en esencia se parece mucho más a los soldados del siglo XX o XXI que a los de 200 años antes, ya que los uniformes y armas de fuego portátiles eran sus dos características principales. Por todo ello debemos preguntarnos ¿Qué papel tuvieron España y el Gran Capitán en esta evolución progresiva del Arte de la Guerra?

⁷ Rodríguez Hernández, Antonio José: *Los Tambores de Marte. El Reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2011, pp. 53-58.

⁸ Parker, Geoffrey: *La revolución militar. Innovación militar y apogeo de Occidente (1500-1800)*. Crítica, Barcelona, 1990, pp. 104-106.

EL GRAN CAPITÁN: HERENCIA, INNOVACIONES Y TRANSFORMACIONES

Las innovaciones militares que puso en práctica don Gonzalo Fernández de Córdoba durante los primeros compases de las Guerras de Italia, representaron la última evolución del arte de la guerra durante el siglo XV⁹. A partir de ese momento, tanto sus actores, como sus formas y medios, cambiaron por completo y para siempre. Gracias al Gran Capitán el mundo contemplaría el nacimiento de la estrategia y táctica modernas¹⁰.

A finales del siglo XV, la península ibérica seguía inmersa en la sempiterna lucha entre musulmanes y cristianos. Este enfrentamiento configuró lo que acabaría siendo la España del siglo XVI. Tras la unión de Castilla y Aragón mediante el enlace de los Reyes Católicos, y la erradicación de sus opositores internos, toda la energía marcial del nuevo conglomerado estatal se dirigió contra el reino Nazarí de Granada, por lo que entre 1482-1492, los monarcas se embarcaron en la fase final de la Reconquista. La evolución del arte de la guerra permitiría acabar con un enemigo que hasta ese momento se había mostrado inquebrantable¹¹. La experiencia adquirida durante la guerra de Granada se convirtió en un valioso bagaje que sirvió para impulsar la transformación posterior que sufrirían los ejércitos de los Reyes Católicos¹². De dicha conflagración surgió un ejército que, tras articular exitosamente diferentes tradiciones

⁹ Para una aproximación a las Guerras de Italia véanse: Barbasán Lagueruela, Casto: *Las primeras campañas del Renacimiento*. Imprenta J. Peláez, Toledo, 1890; Taylor, Francis L.: *The Art of War in Italy, 1494-1529*. Cambridge University Press, Cambridge, 1921; Oman, Charles: *A History of the Art of War in the Sixteenth Century*. Methuen, Londres, 1937; y Mallett, Michael y Shaw, Christine: *The Italian Wars, 1494-1559. War, State and Society in Early Modern Europe*. Longman, Harlow, 2012.

¹⁰ Las crónicas e historias más completas sobre el Gran Capitán son: Rodríguez Villa, Antonio (ed.): *Las crónicas del Gran Capitán*. Bailly-Bailliére e Hijos, Madrid, 1908; Santa Cruz, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1951, 2 vols.; y Zurita, Jerónimo: *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1989-1996, 6 vols.

¹¹ Dicha guerra fue magistralmente glosada en Mata Carriazo, Juan de: "Historia de la Guerra de Granada", en Menéndez Pidal, Ramón (dir.): *Historia de España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1969, tomo XVII/1, pp. 387-914. También: Torre, Antonio de la: *Los Reyes Católicos y Granada*. CSIC, Madrid, 1946; y Suarez Fernández, Luis: *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada*. Rialp, Madrid, 1989.

¹² Sobre el ejército de los Reyes Católicos disponemos de al menos dos obras, si bien a día de hoy están algo desfasadas: Lanuza Cano, Francisco: *El ejército en tiempo de los Reyes Católicos*. Imp. Federico Domenech, Madrid, 1953; Vigón, Jorge: *El ejército de los Reyes Católicos*. Editora Nacional, Madrid, 1968.

castrenses, pasaría a convertirse en la maquinaria militar que asombró al mundo gracias al Gran Capitán¹³.

La primera enseñanza, y tal vez la más importante, fue la preeminencia del combatiente de a pie sobre el montado. Debido a las características propias de la sociedad castellana de la Edad Media, los peones tuvieron un importante papel durante la Reconquista al formar los mayores contingentes de las milicias concejiles y de las hermandades. En numerosas ocasiones soportaron el peso de las acciones militares¹⁴. Dicha infantería sirvió en las cabalgadas, talas y emboscadas que las fuerzas cristianas desencadenaban contra el enemigo, en las que la velocidad al atacar y retirarse era fundamental. No es de extrañar que su armamento se basara en la potencia de fuego, derivada primero del uso de ballestas, jabalinas, dardos y, posteriormente, armas de fuego; apoyadas por hombres armados con lanzas, espadas y escudos. El infante castellano era especialista en desplegarse en orden abierto y combatir en una guerra de movimientos. Además, la complicada orografía de la península ibérica supuso que la caballería pesada nobiliaria no pudiera alcanzar un rol tan significativo como en el resto de Europa.

Por lo tanto, la guerra irregular predominante en la península ibérica supuso que las batallas campales fueran una rareza durante los siglos XIV y XV en las guerras contra Granada. Durante la última fase de la guerra de sólo tuvieron lugar dos combates de entidad que podrían considerarse como batallas: Lucena (1483) y Moclín (1485). Además, la estrategia de conquista y mantenimiento del territorio por parte de las fuerzas de los Reyes Católicos provocó entre 1482-1492 la poliorcética –la guerra de sitio–, caracterizará dicho enfrentamiento¹⁵. De esta forma de guerra estática nació la segunda enseñanza: el uso determinante de los cañones para destruir las defensas de posiciones consideradas inexpugnables¹⁶. El despliegue masivo de un nutrido tren de artillería constituyó la pieza clave para conquistar un estado que basaba su defensa en una serie de posiciones estratégicamente claves, situadas en una orografía abrupta y difícil¹⁷.

¹³ Jiménez Estrella, Antonio: “Don Gonzalo de Córdoba: el genio militar y el nuevo arte de la guerra al servicio de los Reyes Católicos”, en *Chronica Nova*, nº 30, 2003-2004, pp. 191-211.

¹⁴ Power, James F.: *A Society Organized for War: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages 1000-1284*. University of California Press, Berkeley, 1988.

¹⁵ Para el ejército de Castilla durante la Guerra de Granada: Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Castilla y la conquista del Reino de Granada*. Diputación de Granada, Granada, 1987; y McJoynt, Albert D.: “Introducción” de a la obra de Prescott, William H.: *The Art of War in Spain: The Conquest of Granada (1481-1492)*. Greenhill, Londres, 1995, pp. 13-56.

¹⁶ Cook, Weston F.: “The cannon conquest of Nasrid Spain and the end of the Reconquista”, en *The Journal of Military History*, nº 57, 1993, pp. 43-70.

¹⁷ Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Castilla y la conquista...*, *op. cit.*, pp. 123-128.

La tercera enseñanza derivó de la anterior, y fue reconocer la necesidad de aceptar la actuación de individuos o contingentes extranjeros para mejorar la calidad de las tropas nacionales. Para ello, los Reyes Católicos contrataron los servicios de artilleros europeos con la intención de aumentar su tren de artillería. También, aunque su incidencia durante la guerra de Granada fue marginal, sirvieron diferentes grupos de mercenarios suizos –armados con largas picas o con espingardas– cuya importancia real radicó en que fueron el modelo en el que se basó el posterior sistema de infantería de ordenanzas¹⁸. Mediante dicha política, España se abrió a las enseñanzas militares foráneas y a tradiciones que mejorarían exponencialmente su calidad castrense.

Se puede afirmar que los Reyes Católicos, y sus consejeros, fueron quienes lograron crear el primer ejército de la modernidad. Aun así, no podemos olvidar la importancia de Gonzalo Fernández de Córdoba para el arte de la guerra en España y Europa¹⁹. Fue él quien, tras recibir unas tropas pertrechadas con las armas más modernas y con una enorme experiencia, transformó las leyes de la táctica y estrategia establecidas desde antiguo para que sus hombres actuaran de una manera innovadora y pudieran destruir en un breve periodo de tiempo a varios ejércitos franceses. Gradualmente hizo evolucionar la forma de actuar de su ejército para imprimirle una movilidad y adaptabilidad que asombró a los contemporáneos²⁰. Si en algún momento se produjo una revolución militar, sin duda fue don Gonzalo Fernández de Córdoba a quien se debe reconocer como su verdadero autor²¹. El legado militar de Gonzalo Fernández de Córdoba no quedó restringido simplemente al uso de nuevas tácticas y estrategias, fue mucho más allá y perduró en los ejércitos de la Monarquía Hispánica durante al menos dos siglos. Esta herencia se puede resumir en los siguientes puntos que desarrollaremos a continuación:

¹⁸ Liebeskind Rivinus, Amadeo: “Las relaciones hispano-suizas en tiempo de don Fernando el Católico y la imagen de España en los espíritus suizos de la época”, en VV.AA., *Pensamiento político, política internacional y religiosa de Fernando el Católico*. Inst. “Fernando el Católico”, Zaragoza, 1956, pp. 223-251.

¹⁹ Para una historia política de la primera y segunda expedición a Nápoles: Suarez Fernández, Luis: *Los Reyes Católicos. El camino hacia Europa*. Rialp, Madrid, 1990.

²⁰ Barbasán Lagueruela, Casto: *op. cit.*, pp. 199-208; Oman, Charles: *op. cit.*, pp. 120-129; Quatrefages, René: *La revolución militar moderna. El crisol español*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996, pp. 165-169.

²¹ Hay que subrayar que la historiografía anglosajona actual, inmersa en el ya anticuado y sobrepasado debate de la Revolución Militar, ignora o resta importancia a las innovaciones y los hechos de armas de don Gonzalo Fernández de Córdoba. Por ejemplo, Parker, Geoffrey: *La revolución...*, *op. cit.*, (y 2ª edición ampliada. Alianza, Madrid, 2002), no cita ni una sola vez al Gran Capitán. Otros como (Black, Jeremy: *European Warfare, 1494-1660*. Routledge, Londres, 2002, pp. 72-73) minimizan sus innovaciones, atribuyendo sus éxitos a los errores y fracasos franceses.

1. Se consolida un ejército de intervención que puede estar movilizado todo el año y actuar a gran distancia de la península ibérica. Sus integrantes se convierten en soldados profesionales, primando la presencia de veteranos, e imponiéndose la calidad de la tropa sobre la cantidad.
2. La infantería suplanta a la caballería pesada como la espina dorsal del ejército gracias a una nueva orgánica y administración. Gradualmente se organiza en unidades más grandes que la compañía. Estas, a su vez, integran varios tipos de armas que aumentan su capacidad de defensa (picas), pero también su potencia de fuego (espingardas y posteriormente arcabuces). La nobleza pasa a combatir a pie y compone parte de la oficialidad, la tropa así acabará asimilando parte de su idiosincrasia e incluso aspirará al ascenso social.
3. La caballería pierde su importancia anterior y, tácticamente, es relegada a misiones más secundarias pero no por ello sin importancia. El arma montada se va a convertir en los ojos y oídos del ejército pero también va a ser capaz de actuar con mayor conexión y cercanía de la infantería.
4. El servicio de extranjeros. Con la actuación de fuerzas calabresas, napolitanas y alemanas se formaliza la presencia de soldados foráneos dentro de los ejércitos de la Monarquía, los cuales suplirán las debilidades numéricas del contingente hispánico.

LA EVOLUCIÓN POSTERIOR

1. Consolidación de un ejército profesional y de intervención

Una vez acabada la Reconquista, el ejército de los Reyes Católicos continuó su mutación en pos de la creación de un modelo moderno, en el que se dejarían atrás las formas medievales y que pudiera ser financiado íntegramente por la Hacienda real. Dichas reformas tenían la finalidad de mejorar la defensa de la península, y fueron impulsadas por los consejeros de Isabel y Fernando —entre ellos Alonso de Quintanilla y Hernando de Zafra— sabedores de que, a pesar de la victoria alcanzada contra Granada, el ejército aún estaba muy lejos de poder enfrentarse con garantías a una potencia europea²².

²² Las dos obras fundamentales para el estudio de la evolución del ejército de los Reyes Católicos de la Edad Media a la Edad Moderna son: Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*;

Al quedar claro que el nuevo enemigo a batir iba a ser la monarquía francesa, de las disposiciones que se tomaron destacó el aumento de la caballería pesada. Un decreto de 1493 creó las Guardas de Castilla, 2500 lanzas repartidas en 25 capitanías, la primera unidad militar permanente del a monarquía²³. La mayor parte de sus integrantes irían completamente cubiertos por armadura, al igual que sus monturas. A pesar de ello aquella arma, como ya se ha apuntado, nunca disfrutó de la preponderancia que había adquirido en el resto de Europa. Los jinetes pesados castellanos ni eran tan numerosos, ni mantenían un sequito de varios combatientes adicionales como lo hacían sus iguales en Francia o Borgoña, al disponer simplemente de un paje de lanza. Las Guardas también disponían de caballería ligera, ya un quinto de los elementos de cada capitanía serían lanzas jinetas. Este tipo de soldado montado seguiría desarrollando su importante papel en descubiertas y combates de pequeña identidad. Una composición de las Guardas que evolucionó a principios del siglo XVI, aligerándose de nuevo, ya que 26 capitanías serían de lanzas jinetas y 10 serían de caballería pesada²⁴.

Tras una serie de ordenanzas promulgadas entre 1495 y 1496, los Reyes Católicos dotaron al sistema militar hispánico de una capacidad de reacción extraordinaria frente a cualquier guerra en la que se pudiera ver involucrado, poniéndose la atención sobre la infantería. El objetivo de tales disposiciones era preparar al estado y a sus súbditos para la guerra: así se ordenó el armamento general del pueblo y la creación de una reserva en la que se reclutarían los contingentes necesarios²⁵. También se prestó atención a la administración militar, al organizarse la tesorería militar y su gestión²⁶, mejorándose y modernizándose las fortificaciones fronterizas²⁷ y la artillería²⁸.

y Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y El Rosellón (1494-1504)*. Real Academia de la Historia, Madrid, 2010.

²³ Martínez Ruiz, Enrique y Pi Corrales, María de Pazzis: *Las Guardas de Castilla: Primer ejército permanente español*. Sílex, Madrid, 2012, pp. 17-36.

²⁴ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 79-80.

²⁵ *Ibidem*, pp. 91-101.

²⁶ Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Hernando de Zafra: secretario de los Reyes Católicos*. Dykinson, Madrid, 2005.

²⁷ Cobos Guerra, Fernando y Castro Fernández, Javier de: “La fortaleza de Salsas y la fortificación de transición española”, en *Castillos de España* nº110-111, 1998, pp. 19-30. Castillo Cáceres, Francisco y Valdés Sánchez, Aurelio (eds.): *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica, 1474-1504*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

²⁸ Cobos Guerra, Fernando (ed.): *La artillería de los Reyes Católicos*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2004.; Ladero Galán, Aurora: “Artilleros y artillería de los Reyes Católicos (1495-1510)”, en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Laberinto, Madrid, 2006, vol. I, pp. 805-830.

Estas acciones de los Reyes Católicos ponían el acento sobre la defensa interior, tanto ante una amenaza externa como interna, pero a comienzos del siglo XVI la guerra se convirtió en un monopolio de los reyes, por lo que la sociedad española dejó atrás las guerras privadas entre nobles y otros conflictos a pequeña escala, concentrando todos sus esfuerzos en las guerras exteriores. Enfrentamientos que a la postre serían los más importantes de todo el siglo, en los cuales no sólo estaba en tela de juicio la reputación, sino la integridad del Imperio²⁹. La supremacía militar hispana del siglo XVI se cimentó en distintos factores, tanto técnicos y financieros, como fundamentalmente humanos. Si en muchos casos España militarmente se mostró una potencia superior, fue en gran medida por la atención que prestó a sus soldados, a los que disciplinó y mantuvo más allá del final de los conflictos bélicos, creando un sistema defensivo en el que los profesionales eran la clave –ya estuvieran estos situados en España o en el exterior³⁰–, sumándose a éstos las milicias³¹ para defender el propio territorio –en caso de ataque o invasión–, ya que en la época que no había medios hacendísticos para desarrollar y financiar unos sistemas defensivos globales, estables y que abarcaran todo el territorio, centrándose la defensa en unos puntos muy concretos –costeros y fronterizos– que disponían de fortificaciones avanzadas: los presidios³².

El laboratorio de las guerras italianas de inicios del siglo XVI –tras la conquista de Nápoles por el Gran Capitán– enseñó a los españoles varias lecciones primordiales a la hora de movilizar sus fuerzas armadas. Los modelos tradicionales de movilización militar utilizados en la Reconquista no eran válidos para emprender acciones ofensivas en lugares distantes. La Guerra de Granada, en cuanto a métodos de movilización militar, seguía siendo una contienda puramente medieval. Desde el primer momento se basó en el alistamiento de milicias y contingentes por parte de concejos, no

²⁹ Hernando Sánchez, Carlos José: “Non Svfficit orbis? Las estrategias de la Monarquía de España”, y Maffi, Davide: “Las Guerras de los Austrias”, en Ribot, Luis (Coord.): *Historia Militar de España. Edad Moderna II. Escenario europeo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2013, pp. 29-77 y 79-118.

³⁰ Rodríguez Hernández, Antonio José: “Los hombres y la Guerra”, en Ribot, Luis (Coord.): *op. cit.*, pp. 187-222.

³¹ Contreras Gay, José: “Las milicias en el Antiguo Régimen. Modelos, características generales y significado histórico”, en *Chronica Nova*, nº20, 1992, pp. 75-103.

³² Rodríguez Hernández, Antonio José: “Los primeros ejércitos peninsulares y su influencia en la formación del Estado Moderno durante el siglo XVII”, en González Enciso, Agustín (Ed.): *Un Estado Militar. España, 1650-1820*. Sílex, Madrid, 2012, pp. 19-64, aquí 21-27. Contreras Gay, José: “Consideraciones generales sobre la defensa de la Península entre 1580 y 1640”, en *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España, (Sevilla, 9-12 de mayo de 1995): V Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998, pp. 647-664.

bles y preladados, manteniendo una limitada presencia –pero esencial– los que podríamos designar como profesionales, ya fueran los jinetes y contingentes de la Casa Real, como las pocas compañías de especialistas y mercenarios encargados fundamentalmente de la artillería y las armas de fuego portátiles³³. Los métodos de guerra de la Reconquista eran limitados, y sólo podían mantener importantes contingentes de tropas por poco tiempo –unos pocos meses–, sólo durante la campaña militar estival, si bien en la mayoría de los casos el mantenimiento de las tropas no era financiado por el rey. Pero para combatir en Italia se necesitaban soldados profesionales, ya que no se podía exigir a las milicias, o a las huestes señoriales, su participación en la contienda, por lo que para cada campaña se debió contar con profesionales, primando la calidad frente a la cantidad.

Los conflictos con Francia de la primera mitad del siglo enseñaron a los monarcas españoles que necesitaban de continuar con esa política, ante la necesidad de defender Italia de la ambición de los Valois franceses. Para ello consideraron vital mantener varios cuerpos profesionales repartidos por la Italia española, que si bien no eran excesivamente numerosos, por su preparación eran esenciales para vertebrar la defensa de esos territorios. A partir de 1535 la corona mantenía en cada uno de sus tres principales dominios italianos –Sicilia, Nápoles y Milán– un ejército permanente con unos 3.000 infantes españoles y algunas compañías de caballos³⁴. Con esta presencia permanente de infantería española, la Monarquía Hispánica trataba de mantener su influencia sobre Italia y protegía sus territorios de cualquier ataque por parte de Francia o los turcos, convirtiéndose estos Tercios en la clave de la organización militar defensiva de los Austrias. Estas guarniciones españolas en Italia, conocidas con el nombre de presidios, eran una reserva de soldados bien entrenados y hasta la rebelión de los Países Bajos la espina dorsal del ejército español. Unos soldados de élite que serán desplazados para actuar en todos los conflictos ante su profesionalidad y veteranía³⁵.

La decisión española sobre de mantener una infantería profesional con carácter autóctono, contrasta, por ejemplo, con las políticas favorecidas por los monarcas franceses, quienes preferían mantener a sus súbditos alejados de la profesión de las armas, con excepción de la nobleza. Durante la pri-

³³ Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Castilla y la conquista...*, op. cit., pp. 105-164; y *Milicia y economía en la Guerra de Granada: El cerco de Baza*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1965, pp. 37-57.

³⁴ Parker, Geoffrey: *La gran estrategia de Felipe II*. Alianza, Madrid, 1998, p. 155.

³⁵ Ribot García, Luis: “Las Provincias Italianas y la defensa de la Monarquía”, en *Manuscripts*, nº13, 1995, pp. 97-122. Parker, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*, Madrid, 1991, pp. 69-71. Belloso Martín, Carlos: *La antemuralla de la monarquía: Los tercios españoles en el reino de Sicilia en el siglo XVI*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2010.

mera mitad del siglo XVI, las tropas de a pie a disposición de los monarcas franceses serían en su mayoría mercenarios suizos o gascones reclutados para la ocasión, a pesar de algunos experimentos fallidos, como fueron las denominadas *legiones*³⁶. Esta realidad ha sido interpretada en algunos casos como una preferencia de España por mantener a un mercenariado autóctono, los soldados de los Tercios. Pero ver a los soldados de los Tercios como unos simples mercenarios parece una interpretación algo simplista. Los soldados españoles de los Tercios eran voluntarios de cualquier origen social que pretendían ganarse la vida, adquirir honor y reputación, o ascender socialmente. Posibilidades que durante mucho tiempo el ejército ofreció, por lo que no faltaron los voluntarios. Pero lo que más respaldaba el alistamiento era el hecho de que el ejército español contaba con una estructura profesional clara, en la que los ascensos y remuneraciones eran acordes al valor y la experiencia, algo regulado por las Ordenanzas Militares. Soldados, que ante la clara voluntad de los reyes se encuadraron en el ejército, transformándose en unos profesionales que convirtieron el oficio de las armas en su forma de vida. Para ello, cuando se alistaban, firmaban un compromiso que los ataba al ejército hasta que murieran o fueran licenciados por el rey³⁷.

La Monarquía Hispánica, como primera monarquía global compuesta por múltiples territorios inconexos entre sí, adquiridos por herencia o por conquista, fue la única potencia que el siglo XVI se debió enfrentar a esa particular problemática defensiva que otras no tenían, y la primera en tener que crear un ejército permanente y siempre movilizado que debía actuar por largos periodos de tiempo fuera de su área principal de reclutamiento. Esta realidad hizo que en España se desarrollara un sistema militar bastante diferente al resto de naciones europeas, dejando muy rápido atrás los métodos tradicionales —o privados—, para concentrar sus recursos en la captación de soldados profesionales que sólo debían rendir cuentas ante el rey y el Consejo de Guerra. Factores hicieron que la Corona creara una complicada técnica de reclutamiento directo, en un tiempo en el que los ejércitos no eran realmente permanentes, y en el que el método más usado era el indirecto, mediante la acción de los particulares, ya fueran asentistas, condotieros o simples mercenarios³⁸.

Este sistema de reclutamiento centralizado y controlado directamente por los Estados era sin duda el más avanzado, ya que requería una ad-

³⁶ Potter, David: *Renaissance France at War Armies, Culture and Society, 1480-1560*. Boydell, Woodbridge, 2008, pp. 95-123.

³⁷ Rodríguez Hernández, Antonio José: *Los Tambores...*, *op. cit.*, pp. 87 y ss.

³⁸ Para más detalles: Rodríguez Hernández, Antonio José: “Los hombres y la Guerra”, *op. cit.*, pp. 187-222.

ministración desarrollada y moderna, la posibilidad de tener importantes cantidades de dinero en metálico para hacer frente a los costes por adelantado, y fundamentalmente una organización militar profesional que mantuviera y se ocupara todo el año de los soldados. Esto hizo que durante el siglo XVI pocos gobiernos, salvo la Monarquía Hispánica, pudieran utilizar a gran escala esta fórmula, de ahí que este modelo fuera paradigmáticamente el más característico y conocido de la España de los Austrias³⁹. Esta técnica necesitaba una enorme coordinación administrativa, de ahí que no fuera fácil y que primero se extendiera sólo por Castilla, y más tardíamente por Navarra y los reinos de la Corona de Aragón. La elevada burocratización permitió que durante el siglo XVI el reclutamiento militar en España se basara –casi exclusivamente– en un complejo sistema administrativo fundamentado en la incorporación de voluntarios. El proceso se mantuvo casi invariable desde mediados del reinado de Carlos V. La administración militar era la encargada de gestionar, regular y pagar todo el proceso, estando representada en las primeras fases por el Consejo de Guerra, que era el encargado de determinar el número de soldados que se pretendían reunir por cada capitán y el área concreta donde se iba a desarrollar el alistamiento⁴⁰.

El reclutamiento en España era un monopolio real, y sin el expreso consentimiento del rey no se podía batir un tambor o arbolar una bandera para reunir soldados⁴¹. Dicho monopolio se extendía por todos los reinos peninsulares, y abarcaba todo el territorio, ya fuera realengo o señorío. Bajo el sistema administrativo los capitanes reclutadores se concentraban en los municipios más importantes y poblados de toda Castilla –generalmente cabezas de un corregimiento de realengo–, pero el reclutamiento también podía extenderse por lugares de señorío o de las órdenes militares.

Otro elemento característico del sistema militar de los Austrias, era el procedimiento de nombrar oficiales, que difería del que se empleaba en otros países. Al ser unos cuerpos profesionales, los oficiales también lo eran. Para ser nombrado oficial, al menos en teoría, y según las ordenanzas militares, se debía demostrar que al menos se había servido en el ejército

³⁹ Tallett, Frank: *War and society in Early-Modern Europe, 1495-1715*. Routledge, Londres, 1995, pp. 73.

⁴⁰ Sobre este sistema: Thompson, I.A.A.: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Crítica, Barcelona, 1981, pp. 129-180; Parker, Geoffrey: *El Ejército...*, *op. cit.*, pp. 71-73; Quatrefages, René: *Los Tercios*. Ed. Ejército, Madrid, 1983, pp. 423 y ss; Andújar Castillo, Francisco: *Ejércitos y Militares en la Época Moderna*. Síntesis, Madrid, 1999, pp. 141-146; Martínez Ruiz, Enrique: *Los Soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Actas, Madrid, 2008, pp. 901-904.

⁴¹ Thompson, I.A.A.: *Guerra y decadencia...*, *op. cit.*, p. 35.

10 años⁴². No existían escuelas de oficiales, ya que la mejor escuela era el propio ejército. Al contrario que otros ejércitos donde era habitual que se eligieran a los nuevos oficiales entre la nobleza o los sujetos adinerados, se intentó que los ascensos en los Tercios fueran por valía y veteranía, y no por sangre o dinero, lo que no evitó que se cometieran irregularidades⁴³. A pesar de éstas, lo cierto es que los Tercios no tenían una estructura estamental, como por ejemplo ocurría con el ejército francés, en el que muchos regimientos eran propiedad de sus coroneles, dándose el caso que muchos eran muchachos nobles que habían heredado la unidad de sus padres⁴⁴. En los Tercios españoles no pasaba esto, y en la cúspide de los mismos podía haber sujetos de orígenes muy humildes, aunque siempre la nobleza lo tenía más fácil, ya que las ordenanzas –y el propio Consejo de Guerra– favorecían su ascenso, ya que a los caballeros de sangre ilustre podían ser nombrados con 5 o 6 años de servicio, frente a los 10 que como mínimo necesitaban los no privilegiados⁴⁵.

El modelo hispano de soldado plebeyo –o de extracción hidalga humilde–, pero profesional y en activo todo el año, demostró ser efectivo cuando las pagas y los premios no faltaban⁴⁶. Estos infantes demostraron su veteranía y capacidad frente a los ejércitos formados apresuradamente por los enemigos de España, compuestos fundamentalmente por nobles a caballo, milicias urbanas o puros mercenarios, a los que se apercebía y armaba para luchar en cualquier ocasión puntual o exclusivamente en la campaña militar veraniega. Durante las Guerras de Italia o las primeras campañas en Flandes, las tropas españolas cosecharon importantes victorias militares –pese a su inferioridad numérica–, gracias a la conjunción de profesionalidad, oficio militar, precocidad en el uso de las armas de fuego, y el uso conjunto de éstas con la pica.

Estas tropas formarán los primeros ejércitos permanentes de Europa, todo un signo de modernización para la sociedad y una necesidad para el

⁴² AGS, SP, leg. 1431. Ordenanzas Militares impresas de 1632.

⁴³ Jiménez Estrella, Antonio: “El reclutamiento en la primera mitad del siglo XVII y sus posibilidades venales”, en Andújar Castillo, Francisco y Felices De La Fuente, María del Mar (Eds.): *El poder del dinero. Venta de cargos y honores en la España del Antiguo Régimen*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2011, pp. 169-190. Rodríguez Hernández, Antonio José: “Patentes por soldados. Reclutamiento y venalidad en el ejército durante la segunda mitad del siglo XVII”, en *Chronica Nova*, nº33, 2007, pp. 37-56.

⁴⁴ Sobre la venalidad en el ejército francés: Rowlands, Guy: *The Dynastic State and the Army under Louis XIV. Royal Service and Private Interest, 1661-1701*. Cambridge University Press, Cambridge, 2002, pp. 166-171.

⁴⁵ Rodríguez Hernández, Antonio José: *Los Tambores...*, *op. cit.*, p. 114.

⁴⁶ Thompson, I.A.A.: “El soldado del Imperio: Una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro”, en *Manuscripts*, nº21, 2003, pp. 17-38.

Estado Moderno, ya que a lo largo de los siglos XVI al XVII la guerra fue continua, especialmente en Flandes. Los soldados de los Tercios formarán el primer ejército permanente de Europa, tras la caída del Imperio Romano, algo que a la historiografía militar europea la ha costado mucho tiempo reconocer. Los ejércitos permanentes fueron uno de los grandes signos de modernización de la sociedad, aunque éstos no aparecerían en países como Inglaterra o el Sacro Imperio Germánico hasta las décadas centrales del siglo XVII⁴⁷. La monarquía española mantuvo casi una guerra continua, por lo que ya desde las primeras décadas del siglo XVI contó con unidades permanentes, especialmente en Italia, adelantándose en más de 100 años al resto de países europeos.

2. *Infantería como la espina dorsal del ejército*

En el medievo la infantería había tenido un papel secundario en el arte de la guerra, tanto por la idiosincrasia medieval –que siempre había dado más importancia a las acciones de los caballeros–, como por la revolución que había generado en Europa la introducción del estribo. Durante el largo conflicto de la Guerra de los Cien años se empezaron a aparecer compañías de infantería mercenarias, que ofrecían sus servicios a unos módicos precios, si bien éstas estaban muy especializadas en sus labores. Desde finales del medievo la infantería especializada era la única profesional, en las que todos sus miembros compartían una misma arma principal, como por ejemplo la pica, la ballesta o el arco largo. Soldados que solían demostrar su experiencia y entrenamiento en los conflictos, por lo que cada vez más empezaron a ser contratados por las ciudades y estados cuando estallaba un conflicto bélico⁴⁸.

Las enseñanzas suizas a la hora de derrotar a los caballeros borgoñones no cayeron en el olvido, y durante las décadas finales del siglo XV los ejércitos europeos fueron introduciendo el uso de la pica en formaciones

⁴⁷ Mears, John A.: “The Emergence of the Standing Professional Army in Seventeenth-Century Europe”, en *Social Science Quarterly*, nº50:1, 1969, pp. 106-115 y “The Thirty Years’ War, the “General Crisis,” and the Origins of a Standing Professional Army in the Habsburg monarchy”, en *Central European History*, nº21:2, 1988, pp. 122-141; Wilson, Peter Hamish: *German Armies: War and German Politics, 1648-1806*. UCL Press, Londres, 1998, pp. 23 y ss; Tallett, Frank: *op. cit.*; Childs, John: *The army of Charles II*. Routledge, Londres, 1976; Barnett, Correlli: *Britain and her Army 1509-1970. A military, political and social survey*. Penguin, Londres, 1970.

⁴⁸ Fowler, Kenneth: *Medieval Mercenaries. Vol. I. The Great Companies*. Blackwell, Oxford, 2000.

compactas⁴⁹. Algo que era fácil y barato, y que permitía aumentar el número de hombres de los ejércitos, ante el reducido coste y la facilidad de aprender a usar una pica. La pica entra en auge junto con los proyectiles, ya que los famosos cuadros de piqueros ganaban las batallas contra infantería y caballería al retomar la táctica empleada por las falanges macedónicas. La masa hacía su fuerza, que era tanto defensiva como ofensiva, aunque algo lenta y estática, siendo los escuadrones de piqueros sólo vulnerables a las armas de fuego o los proyectiles. El modelo militar español importó novedades de conjunto, ya que los suizos luchaban con picas en formaciones compactas y lineales, verdaderas amalgamas de hombres que aunque juntos luchaban prácticamente de manera individual⁵⁰. Los lansquenets alemanes implantaron los escuadrones, evolucionando la táctica⁵¹, mientras que los españoles llevaron el sistema más allá introduciendo e integrando a las armas de fuego en el conjunto —obra en la que participaría y pondría en práctica el Gran Capitán—, algo que muy pronto fue imitado por las demás naciones.

Todas estas novedades tácticas serán aprovechadas por Gonzalo Fernández de Córdoba, que fue capaz de dar a la infantería un nuevo papel, central en el combate. Pero la división, especialización e integración de la infantería fue obra de las reformas realizadas por de los Reyes Católicos, y sus colaboradores, que el Gran capitán puso a prueba con éxito durante las dos expediciones que realizó a Nápoles. Reformas que también fueron implementadas por los consejeros militares de los monarcas, poniéndose en práctica en el enfrentamiento franco-español en el Rosellón, en donde se reformó la infantería a la manera suiza o alemana⁵².

Según el cronista Jerónimo de Zurita, fue en 1497 cuando se comenzó a dividir a los peones del ejército de los Reyes Católicos según su armamento. Un tercio estaría armado con picas “*como los alemanes los traían*”, otro tercio lo haría con escudos y espadas —además de dardos—, y los demás tendrían ballestas y espingardas, repartidos en cuadrillas de 50 hombres⁵³. Queda patente que, a pesar de la introducción del modelo suizo o alemán, se procuró que el soldado hispánico poseyera una potencia de fuego conside-

⁴⁹ Para su introducción en España: Quatrefages, René: *La revolución...*, op. cit., pp. 76 y ss.

⁵⁰ Miller, Douglas: *The Swiss at War 1300-1500*. Osprey, Oxford, 1979.

⁵¹ Richards, John: *Landsknecht Soldier 1486-1560*. Osprey, Oxford, 2002.

⁵² Ladero Galán, Aurora: “«La frontera de Perpiñán». Nuevos datos sobre la primera guerra del Rosellón (1495-1499)”, *En la España Medieval*, nº27, 2004, pp. 225-283; Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Ejércitos y armadas...*, op. cit., pp. 115-345. Ladero Galán, Aurora y Ladero Quesada, Miguel Ángel: “Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Algunos presupuestos y cuentas de gastos entre 1493 y 1500”, en *Revista de Historia Militar*, nº92, 2002, pp. 43-110.

⁵³ Zurita, Jerónimo: op. cit., Vol. II, p. 27.

rable, por lo que, a pesar de que a partir de comienzos de la nueva centuria las ballestas decrecieron, el número de espingardas –antecesoras de los arcabuces– aumentó considerablemente. El arma de infantería, para finalizar su puesta a punto, comenzó a recibir instrucción para combatir en orden cerrado, tanto en unidades sueltas como junto al resto del ejército, para habituarse a su nuevo contexto.

Durante la primera expedición napolitana (1495-1498), Gonzalo Fernández de Córdoba contó con 5.000 peones, entre los que se encontraban numerosos veteranos de la Guerra de Granada, pero que todavía no estaban totalmente armados y entrenados en las tácticas modernas, ya que servían fundamentalmente con lanzas, espadas, escudos, ballestas y espingardas⁵⁴. Tras sufrir la derrota de Seminara (21 junio 1495), probablemente por combatir según la manera italiana –al actuar bajo la autoridad de Ferrante II, rey de Nápoles–, el Gran Capitán pudo poner en práctica las tácticas que había aprendido durante su experiencia granadina, y la suerte pasó a estar de su lado. Con un pequeño ejército de 2.500 hombres, entre ellos 100 hombres de armas y 400 jinetes ligeros, comenzó a desarrollar tácticas de guerrilla, enfrentamientos de baja intensidad o golpes de mano, con la intención de minar al ejército francés⁵⁵. Gonzalo Fernández de Córdoba disponía a sus tropas en orden abierto y hacia suya la ventaja que le prestaba el terreno, por lo que obligaba a combatir al enemigo donde él quería y bajo los tempos que más le favorecían⁵⁶.

Desde el punto de vista táctico, en el cuerpo a cuerpo, los peones españoles armados con dardos, espadas y escudos –que en la época llegaron a ser comparados con los legionarios romanos–, fueron claramente superiores a los piqueros suizos, las mejores tropas de la época para derrotar a la caballería pesada, pero incapaces de enfrentarse a un oponente que prefería luchar en orden abierto, apoyado por una importante potencia de fuego. Era como si un titán quisiera acabar a golpes con un enjambre de avispas, antes de que pudiera asestar el primer golpe, aquellas ya habían desaparecido para concentrar su ataque en otro lugar. Así ocurrió durante el asedio de Atella (julio 1496), cuando los infantes escudados hispánicos destruyeron un cuadro de piqueros suizos, hostigándoles continuamente hasta lograr romper su cohesión⁵⁷.

⁵⁴ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 83-84.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 121.

⁵⁶ Ladero Quesada, Miguel Ángel: “Fuerzas navales y terrestres de los Reyes Católicos en la primera guerra de Nápoles (1494-1497)”, en *Revista de Historia Naval*, nº100, 2008, pp. 11-57; Ladero Quesada, Miguel Ángel: *Ejércitos y armadas...*, *op. cit.*, pp. 351-399.

⁵⁷ Iglesia, Eugenio de la: *Estudios históricos-militares sobre las campañas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*, Madrid, 1871, pp. 71-72; Barbasán Lagueruela, Casto: *op. cit.*, pp. 103-104.

En la segunda expedición a Nápoles (1501-1504) ya las tropas de a pie enviadas habían sufrido las mejoras derivadas de las reformas de 1495 y 1496⁵⁸, si bien llama la atención la desaparición del soldado escudado en las cuentas que se han conservado, a pesar del excelente resultado que este tipo de combatiente había dado en la campaña anterior. La infantería que zarpó de Málaga estaba formada por 3.042 efectivos divididos en 22 capitanías, entre los cuales había 754 espingarderos, 2.058 lanceros y ballesteros (que se les apuntaba juntos al cobrar lo mismo), 20 escuderos que servían a pie y 97 homicianos⁵⁹ asturianos. Según estos datos, entre la infantería había muchas armas de fuego portátiles, y todas las compañías tenían espingarderos entre sus efectivos, aunque todavía no se había abandonado la ballesta, y parece que todavía no todos los hombres llevaban picas⁶⁰.

2.1. La Infantería, foco de atracción de la nobleza, y motor de ascenso social

En la España medieval los soldados de infantería eran conocidos como peones, término que si bien no era despectivo, no dejaba de indicar que la función de la infantería era estar al servicio de la caballería, y realizar las acciones y tareas más duras y secundarias, algo que cambiaría en la primera década del siglo XVI –tras las campañas del Gran Capitán– cuando el término para designar a los soldados de a pie pase se transforme de peón a infante⁶¹.

Desde entonces la infantería pudo competir y atraer a los privilegiados a sus filas como simples soldados, ya fueran humildes hidalgos, caballeros o incluso titulados, aunque para éstos últimos ese paso no era otra cosa que la iniciación a la vida militar, antes de conseguir mejores puestos, o comandar su propia unidad. Una parte importante de la gran masa de hidalgos castellanos con menos recursos, especialmente durante el siglo XVI, será particularmente proclive a alistarse en los Tercios, donde podía encontrar una forma digna de vida para el estamento privilegiado al que representaban, y también unas posibilidades de mejora social y ascensos. Unas condiciones que en aquel momento sólo ofrecía la carrera profesional de los letrados y

⁵⁸ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 91-102.

⁵⁹ El homiciano era una figura militar medieval, un hombre condenado por asesinato que conmutaba su pena al prestar un servicio militar al monarca. Ladero Quesada, Miguel Ángel: “Baja Edad Media”, en Ladero Quesada, Miguel Ángel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Media*, Madrid, 2010, pp. 217-377, aquí p. 332.

⁶⁰ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 127-129.

⁶¹ *Ibidem*, pp. 229 y 246-249.

administradores de la monarquía, que debían estudiar y pasar primero por la universidad para poder desempeñar sus funciones⁶².

Desde el medievo, la guerra y la nobleza habían estado íntimamente relacionadas, siendo el ejercicio de las armas una virtud nobiliaria⁶³. La creación de los Tercios, pese a ser cuerpos de infantería, suscitará un alto grado de aceptación y atracción a sus filas entre caballeros, hidalgos y plebeyos, especialmente por la consideración de que realizar cualquier trabajo manual o dedicarse al comercio era un deshonor a la condición privilegiada. Por eso el caso de la infantería española quizá es algo peculiar, ya que entre los soldados rasos que cogían una pica, también hubo nobles titulados, caballeros o fundamentalmente hidalgos, impregnando reputación y un halo noble a estas unidades, muy por encima de la infantería de otros países, apareciendo el denominado soldado gentilhombre⁶⁴.

Al mismo tiempo que la infantería atraía a la nobleza, la milicia generó importantes procesos de ascenso social entre los procedentes del pueblo llano, ante las grandes posibilidades que ofrecía la vida militar y sus recompensas, que llevaron a numerosos militares a conseguir el privilegio social de convertirse en hidalgos –si no lo eran–, además de obtener mercedes de hábitos de las órdenes militares y en los casos más extremos incluso conseguir títulos nobiliarios. Por ello, los tratadistas militares del siglo XVI se empeñaron hasta la saciedad en formular las incomparables posibilidades de ascenso social que ofrecían las armas, que bajo su punto de vista era la más virtuosa de todas las artes y ciencias, a la vez que la fórmula más meritoria para obtener la promoción social que toda persona de aquella época codiciaba, ya que con el trabajo y el valor se podía llegar a obtener el reconocimiento que otros simplemente obtenía por una sangre heredada, que se ponía en el mismo lugar que la sangre derramada al servicio del rey⁶⁵.

El ennoblecimiento era sin duda una de las máximas aspiraciones de todos los plebeyos que luchaban en el ejército. Una fórmula de ascenso social a través de las armas poco conocida por la historiografía, y que generalmen-

⁶² Thompson, I.A.A.: “Milicia, sociedad y estado en la España Moderna”, en Vaca Lorenzo, Ángel (ed.): *La Guerra en la Historia*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1999, pp. 115-133; y “Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar y la España Moderna”, en Jiménez Estrella, Antonio y Andújar Castillo, Francisco (Eds.): *Los Nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el Ejército de la Monarquía Hispánica (s. XVI- XVIII): nuevas perspectivas*. Comares, Granada, 2007, pp. 15-35.

⁶³ Carrasco Martínez, Adolfo: “Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las Noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)”, en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.): *op. cit.*, Vol. II, pp. 135-162.

⁶⁴ Puddu, Raffaele: *El soldado gentilhombre*. Argos Vergara, Barcelona, 1984, pp. 148-175.

⁶⁵ Sala y Abarca, Francisco Ventura de la: *Después de Dios la Primera obligación y glosa de ordenes militares*. Gerónimo Fasulo, Nápoles, 1681, p. 92.

te no se tiene en cuenta, es la obtención del grado de capitán por un sujeto no privilegiado. Este ascenso en el escalafón iba asociado con la consideración de hidalguía⁶⁶. El cambio de consideración social era un premio interesado, ante la preferencia de que los soldados no estuvieran mandados por hombres de sangre inferior, algo que podría provocar tensiones o enfrentamientos en el seno de una compañía. Los mandos militares intentaban así que las unidades militares fueran un fiel reflejo de la sociedad, y que la cúspide de las mismas estuviera en manos de sujetos privilegiados, los mismos que controlaban los ayuntamientos, copaban las regidurías y conformaban la elite social de cualquier municipio. A su vez, durante el siglo XVI –y en menor medida durante el siglo XVII–, este sistema premiaba a los soldados de fortuna que tras unos largos y destacados servicios podían aspirar a un merecido ascenso social, convirtiéndose el ejército en un verdadero aliviadero social y en una oportunidad para muchos. En esta época algunos conocidos militares de origen muy humilde, como Julián Romero, alcanzaron altas cotas de poder en la jerarquía militar y protagonizaron un notable ascenso social⁶⁷.

2.2. El predominio de la potencia de fuego

Las armas de fuego portátiles habían hecho su aparición especialmente en Italia. Allí, especialmente a partir de la década de 1430, había crecido el número de pequeños grupos de especialistas equipados con esta clase de armas, apareciendo en las décadas siguientes compañías de *schiopettieri* en los ejércitos milaneses y venecianos, generalizándose su uso en toda Italia tras la paz de Lodi (1454), introduciendo incluso el ejército papal una compañía de este tipo. Ya a finales del siglo XV la infantería de algunos estados italianos –como la de Milán– empezaba a prescindir de la mayor parte de las ballestas en favor de las armas de fuego, apareciendo el arcabuz, mucho más refinado y sofisticado, ya que disponía de un disparador, lo que mejoró su eficacia. Era un arma fácil de usar, a lo que se sumaba que se trataba de un artefacto que era más sencillo y barato de producir, especialmente su munición, lo que hizo que progresivamente se impusiera a la ballesta. A pesar de que las armas de fuego estaban ganándose un puesto en los ejércitos europeos, las compañías de tiradores eran muy limitadas, prefiriéndose su uso en la defensa de las fortificaciones, algo que especialmente se podía ver en los ejércitos de los estados italianos. En ellos la caballería seguía siendo el arma

⁶⁶ Lo mismo ocurría en el ejército francés, Doyle, William: *Venality. The sale of offices in Eighteenth-Century France*. Clarendon, Oxford, 1996, p. 80.

⁶⁷ Marichalar Rodríguez, Antonio: *Julián Romero*. Espasa-Calpe, Madrid, 1952.

principal, y en la infantería sólo una pequeña parte de los hombres usaban armas arrojadas o de fuego⁶⁸. Incluso a la altura de 1520, un reputado escritor de temas políticos como Maquiavelo, todavía daba poca importancia a las armas de fuego –si bien sí que instaba a que la infantería usase la pica–, por lo que en los ejércitos ideales sobre los que teorizaba había una escasa presencia de arcabuces⁶⁹.

Hasta la llegada del Gran Capitán –especialmente tras su segunda expedición a Nápoles (1501-1504)– ninguna nación realmente había hecho una apuesta por usar armas de fuego portátiles a gran escala en batallas campales, y menos aún por integrar en las mismas capitanías todas las armas disponibles. De hecho, en el ejército expedicionario había un espingadero por cada cuatro infantes⁷⁰. Hasta ese momento las compañías estaban especializadas, y solían organizarse atendiendo a su armamento. El Gran Capitán introdujo acertadamente en las mismas compañías distintas modalidades de armas –armas blancas y de fuego–, lo que ayudaba a que entre ellas tuvieran una mayor conexión y apoyo, permitiendo una mayor efectividad, y que a nivel táctico las compañías pudieran ser más polivalentes e independientes.

La superioridad de las armas de fuego quedó patente durante la batalla de Cerignola (28 de abril de 1503), cuando los espingarderos castellanos literalmente acibillaron, primero, a las dos unidades de gendarmes franceses que encabezaban el asalto a las posiciones españolas para, a continuación, hacer lo mismo con un cuadro de piqueros suizos. Por primera vez, una infantería provista de armas de fuego venció a los dos tipos de tropas más reputadas de su tiempo, aunque para hacerlo se apoyó en obras defensivas de campaña –un foso–, y un contingente de lansquenets alemanes armados con picas. El Gran Capitán abrió la zanja tras el consejo del italiano Fabrizio Colonna, y desde entonces el uso de obras de campaña pasaría a ser utilizado habitualmente por las tropas españolas con enorme éxito. Pero el foso solo frenó el avance galo durante un corto periodo de tiempo, por lo que se debió usar a la infantería alemana–2.000, armados con picas– para terminar de desbaratar a los helvéticos. A pesar de los cambios sufridos por parte de la infantería española, el uso de las picas aún no estaba muy afianzado, lo que se conseguiría con las ordenanzas de 1503 y 1505. La innovación de Gonzalo, sin embargo, no fue el prevenir que iba a necesitarse un contingente de alemanes armados de aquella manera, si no que el uso combinado

⁶⁸ Mallett, Michael: *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*. Bodley Head, Londres, 1974, pp. 155-158.

⁶⁹ Maquiavelo, Nicolás: *Del arte de la Guerra*. Tecnos, Madrid, 1988, (original de 1520), pp. 54 y 57.

⁷⁰ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 127-129.

de las dos armas –la pica y la espingarda– iban a ser suficientes como para aniquilar al ejército enemigo, algo que todavía no se había conseguido. De todas formas, la fama del soldado español empezaba a fraguarse gracias a la pólvora⁷¹.

Gracias al Gran Capitán, las armas de fuego portátiles habían demostrado ser enormemente útiles, por lo que su precoz uso en las formaciones de infantería ayudó a los españoles a hacerse con innumerables victorias en las guerras de Italia. De hecho, la palabra Bicoca, cuya definición en castellano es la de ganga, viene de una batalla de igual nombre librada en Italia contra los franceses en 1522, donde los españoles cosecharon una aplastante victoria a cambio de pocas bajas. En la batalla de Pavía (1525) el gran número de armas de fuego que llevaban los españoles –y la mayor pericia de sus tiradores– sería determinante en la victoria. Por aquel entonces las compañías de infantería españolas tenían a más de una tercera parte de sus hombres armados con arcabuces y escopetas –una versión más primitiva de éste–, importancia de las armas de fuego que se transmitió posteriormente a los Tercios. Además, estos hombres eran los más selectos de las compañías, y cobraban mejores sueldos en compensación por su especialización, la munición y el gasto en pólvora⁷². En cambio los lansquenets alemanes y la infantería francesa, si bien habían introducido el uso de armas de fuego junto a sus formaciones de picas, el número de sus tiradores era mucho más limitado⁷³.

Las primeras armas de fuego portátiles empezaron a aparecer en el ejército español en la Guerra de Granada, en la que lucharon unas pocas compañías de espingarderos⁷⁴. Pero estos artilugios eran sencillos, poco más que un palo con un cañón de hierro, al igual que su sucesor la escopeta. La verdadera revolución surgirá a comienzos del siglo XVI con la aparición del arcabuz y su rápida difusión. Un arma mucho más sofisticada que incorporaba un mecanismo de llave para la ignición de la pólvora, por lo que era más manejable, además de que con él se podía apuntar mejor. Su origen y su nombre son inciertos, habiendo distintas teorías, algunas de las cuales le relacionan con Italia o el mundo árabe, pero lo más verosímil es que el

⁷¹ Sobre la batalla: Barbasán Lagueruela, Casto: *op. cit.*, pp. 169-178; Pieri, Piero: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*. Einaudi, Turín, 1952, pp. 408-416; y “Consalvo di Cordova e le origine del moderno esercito spagnolo”, en Boscolo, Alberto et al. (eds.): *Fernando “el Católico” e Italia*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1954, pp. 207-225; Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 154-157.

⁷² Sobre su evolución: Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 305 y ss.

⁷³ Potter, David: *War and government in the French provinces. Picardy 1470-1560*. Cambridge University Press, Cambridge, 1993, p. 175.

⁷⁴ Ladero Quesada, Miguel Ángel: “Baja Edad Media”, *op. cit.*, pp. 268 y ss.

origen sea alemán, ya que la palabra derivaría del vocablo *hanckenbüsche*, que literalmente significa arma de fuego sobre un gancho⁷⁵.

El arcabuz era algo impreciso y al principio mostraba poco alcance efectivo, pero a su favor tenía un alto poder destructivo –ya que a 50 pasos era capaz de perforar armaduras–, y que requería poca destreza para manejarlo con eficacia, ya que según algunos teóricos bastaban 60 días para entrenar a un soldado, una inversión en tiempo mucho menor que para entrenar a un hombre de armas o a un arquero. El fuego efectivo de un arcabuz durante el siglo XVI solía ser a unos 75 metros, especialmente si se disparaba sobre formaciones compactas de infantería. En cambio, el hermano mayor del arcabuz, el mosquete, disponía de una mayor capacidad de penetración, y un mayor alcance, al disparar pelotas de cómo mínimo 1,5 onzas (42,52 gramos), que a 180 metros podía incluso penetrar un coselete de buena calidad, y derribar a un caballo a 500 metros, algo que dependía también de la certeza del tirador. Por ello los combates solían producirse a menor distancia, para mejorar la efectividad⁷⁶.

El mosquete era esencialmente una versión más pesada y potente de su hermano pequeño el arcabuz. La diferencia entre ambos estaba en sus dimensiones (calibre, longitud y peso), prestaciones de combate (alcance, potencia y cadencia) y su manejo, ya que su peso –entre 8 y 9 kilogramos– dificultaba su transporte y uso. El calibre de un mosquete solía ser como mínimo de onza y media de bala o dos onzas –aunque sabemos que había piezas de hasta dos onzas y media, aunque lógicamente eran demasiado grandes y pesadas–, mientras que el arcabuz tiraba pelotas de cómo mínimo hasta $\frac{3}{4}$ de onza⁷⁷. Aunque no conocemos bien los detalles de su aparición, se piensa que el mosquete pudo surgir a comienzos del siglo XVI, siendo inventado en Italia o España. Realmente surgió como una pieza de artillería ligera apropiada para defender fortificaciones, siendo los primeros en utilizarlo los españoles en el norte de África. De hecho siempre hubo una versión más pesada de mosquete que sólo se podía utilizar apoyado en un muro, conocido como mosquete de muro o muralla, demasiado pesado para poderlo usar en campo abierto. Los españoles, con mucho acierto, serían nuevamente los primeros en introducir esta clase de arma de fuego en las formaciones de infantería. Por orden del duque de Alba,

⁷⁵ Varela Merino, Elena: *Los galicismos en el español de los siglos XVI y XVII*. CSIC, Madrid, 2009, Vol.1, pp. 482-483.

⁷⁶ Hall, Bert S.: *Weapons and warfare in Renaissance Europe*. John Hopkins University Press, Londres, 1997, pp. 145-149. Rogers, Clifford J.: “Tactics and the face of battle”, en Tallett, Frank y Trim, D.J.B. (Eds.): *European Warfare 1350-1750*. Cambridge University Press, Cambridge, 2010, pp. 203-235, aquí pp. 209-212.

⁷⁷ AGS, E, leg. 1158 f. 96. Relación de las armas que están en Génova para el reino de Sicilia, y que se han comprado en Milán, 1594.

en su viaje a Flandes por el Camino Español (1567), se entregaron 15 mosquetes a cada compañía de infantería española⁷⁸. Desde entonces los mosqueros se convirtieron en la élite de las compañías de infantería, ya que contaban con 3 escudos de sobresueldo en compensación por la dureza del trabajo, ya que requería hombres fuertes y robustos. Es decir, un mosquero cobraba el doble que un soldado con plaza sencilla, o no especializado⁷⁹. Estos eran los soldados mejor pagados, aunque su equipo era más caro. En cuanto a los costes, el equipo completo de un arcabucero (con todos los pertrechos esenciales como frascos y frasquillos), costaba en las fábricas Reales de España –en 1615– 30 reales, y 50 el del mosquetero⁸⁰, aunque los precios variaron mucho.

2.3. La capacidad defensiva de la infantería: el uso de la pica

La pica era considerada en el siglo XVI la reina de las armas por tratadistas como Londoño, Scarión o Barroso⁸¹. De hecho por un tiempo eso fue así, y la pica no perdió consideración e importancia hasta bien entrado el siglo XVII. Ciertamente era un arma bastante versátil, pese a sus grandes dimensiones, ya que debía medir 26 palmos castellanos (unos 5,42 metros), si bien se admitía que pudieran medir algo menos, entre 24 y 25 palmos. Era especialmente útil en acciones defensivas frente a la infantería, y muy especialmente ante una carga de caballería. Además las picas eran baratas de producir, al costar unos pocos reales –entre 3 y 4 y ½–, dependiendo de su longitud⁸², lo que hacía que la pica fuera un arma mucho más barata para equipar en masa a la infantería. Su precio, unido a la escasa formación que necesitaba un soldado para manejar una pica, hicieron que se convirtiera en el arma más común de los soldados europeos de la primera mitad del siglo XVI, hasta que las armas de fuego portátiles fueron ganando progresivamente la partida al evolucionar y perfeccionarse.

⁷⁸ Almirante, José: *Diccionario militar. Etimológico, histórico, tecnológico*. Imprenta del depósito de Guerra, Madrid, 1869, pp. 812-813. Borja Pérez, Jorge: *La historia de las armas de fuego portátiles a través de la colección del museo del ejército*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.

⁷⁹ Ordenamiento de 1602 en Flandes, en: Clonard, Conde de: *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas desde la creación del ejército permanente hasta el día*. Imprenta D.B. González, Madrid, 1851-62, tomo IV, pp. 274-278.

⁸⁰ AGS, GA, leg. 799. Consulta del Consejo de Guerra, 6/11/1615.

⁸¹ Barroso, Bernardino: *Teoría, practica y exemplos*. Cario Antonio Malatesta, Milán, 1628, pp. 18 y ss. Londoño, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992 (original Bruselas, 1589), p. 32. Scarión, Bartolomé: *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1598, p. 88.

⁸² AGS, GA, leg. 1256. Consulta del Consejo de Guerra, 27/9/1639.

A mediados del siglo XVI, los piqueros servían en dos grandes grupos, luchando siempre en orden cerrado, en donde su formación les daba la ventaja. Por un lado los piqueros acorazados –la élite– equipados con una armadura defensiva básica, y que eran denominados coseletes por estar equipados con dicha armadura. Estos combatían en las primeras filas de los escuadrones, estaban mejor pagados –ya que recibían un sobresueldo de un escudo mensual sobre sus homólogos peor armados– además de que generalmente eran premiados con buena parte de las ventajas económicas extra que estaban a disposición de cada capitán para premiar a sus mejores soldados. Por otro lado estaban los piqueros ligeros que carecían de armadura defensiva más allá de un casco ligero, y que se denominaban picas secas. Eran los soldados peor pagados de las compañías, ya que al contrario que mosqueteros, arcabuceros y coseletes eran los únicos que no cobraban un sobresueldo. Es lógico que el profesor Parker los hay denominado como proletariado militar, y que por ellos empezaran buena parte de los motines⁸³. Los piqueros secos solían ser soldados bisoños, de hecho los nuevos soldados servían automáticamente en estas plazas hasta que se compraban el equipo necesario para desempeñar otra función. Esto lo podemos ver muy bien gracias a la documentación contable, ya que a su llegada a Flandes en 1567 el Tercio de Cerdeña tenía más de 40% de picas secas entre sus filas, al ser buena parte de sus compañías de bisoños. Al mes siguiente esa cifra se había reducido a un discreto 15%, llegando a descender todavía más durante el año siguiente⁸⁴.

La pica era considerada la más noble de todas, siendo generalmente la elegida por la aristocracia que combatía a pie. Parte de todo ello venía por el hecho de que los piqueros ideales eran los coseletes, sin duda los soldados más parecidos visualmente al ideal medieval de caballero u hombre de armas protegido por una armadura de metal. De hecho, durante el siglo XVI era costumbre que la nobleza española combatiera a pie entre la infantería al contrario que la de otros países que seguía prefiriendo luchar a caballo. Además, los oficiales reformados de las compañías –los cuales ya no gozaban de un puesto ejecutivo, pero seguían sirviendo como soldados a cambio de un mayor sobresueldo–, debían servir con una pica y un coselete. Incluso, entre los hombres armados con coseletes se repartían la mayor parte de las ventajas (sobresueldos) que estaban a disposición de los capitanes de las compañías, por lo que es lógico que coger una pica siguiera pareciendo el

⁸³ Parker, Geoffrey: *El Ejército...*, op. cit., pp. 346 y ss.

⁸⁴ Tore, Gian Paolo: *Il Tercio de Cerdeña (1565-1568)*. ETS Edizioni, Cagliari, 2006, pp. 256 y ss.

puesto más honroso⁸⁵. Pero quizá esta actitud ideológica hacia el predominio de la pica –como la reina de las armas–, mostrada por algunos tratadistas de finales del siglo XVI fuera muy conservadora, ya que otros contemporáneos como Eguiluz afirmaban lo contrario, que “*en esta Era, el arcabucería y mosquetería son de mucha facción*”, por lo que opinaba que en una compañía de 100 hombres bastaba con 35 piqueros⁸⁶.

A lo largo de la Edad Moderna las protecciones defensivas se fueron aligerando y reduciendo con la difusión de las armas de fuego portátiles. Así las viejas armaduras completas se mantuvieron para algunas unidades de caballería, pero en general fueron evolucionando hasta quedarse en lo esencial: un armazón de metal que cubría el torso. En teoría, los coseletes debían llevar además de un morrión para proteger su cabeza, su coselete entero, que además de su peto y espaldar –que cubrían el pecho y la espalda–, debía constar de protecciones para muslos, cuello, hombros, brazos y manos: escarcelas largas, gola, guardabrazos y manoplas⁸⁷. Según la documentación de la época un coselete sencillo pesaba dos arrobas⁸⁸, unos 22-23 kilos, lo que dificultaba el uso de la pica, por lo que no es de extrañar que durante el siglo XVII paulatinamente se fueran desechando parte de los complementos. A la altura de la década 1630 sabemos que la infantería sólo llevaba como armadura defensiva el morrión, peto, espaldar y como mucho una escarcela corta que protegía la parte superior de los muslos⁸⁹. En esas fechas en Flandes un coselete valía 4 escudos, mientras que en España 15, aunque la calidad del material de éste último era superior⁹⁰.

Con la progresiva evolución de las armas de fuego se revirtió la tendencia y los piqueros fueron perdiendo peso. Parece que a comienzos del siglo XVII ya había muy pocos piqueros secos a los que se consideraba de muy poco provecho para la guerra, y las ordenanzas de 1632 determinaban que todos los piqueros cobrarían el sobresueldo de los coseletes, lo llevaran o no⁹¹. A esas alturas en Flandes aún se mantenía de forma regular el uso de coseletes, pero en los ejércitos creados en España en esa época pocas tropas

⁸⁵ Sobre estas cuestiones especialmente, Puddu, Raffaele: *op. cit.*, y Quatrefages, René: *Los Tercios, op. cit.*, pp. 423 y ss.

⁸⁶ Eguiluz, Martín de: *Discurso y regla militar*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2001 (original Amberes, 1595), p. 167.

⁸⁷ Londoño, Sancho de: *op. cit.*, p. 34.

⁸⁸ AGS, GA, leg. 1120. Relación del dinero que es necesario para conducir a Cataluña y otras partes armas, Madrid, 3/2/1635.

⁸⁹ AGS, GA, leg. 1278. Relación de los coseletes y arneses que se enviaron a Cataluña los años de 1635 y 1636.

⁹⁰ AGS, E, leg. 2050. Orden real, 3/3/1635.

⁹¹ AGS, SP, leg. 1431. Ordenanzas Militares impresas de 1632.

llevaban esas protecciones defensivas. En las décadas siguientes la mayoría de las tropas abandonaron los coseletes y cascos, demasiado pesados y ya incapaces de parar una bala de mosquete. De hecho el número de mosqueteros no había parado de crecer, por lo que en la segunda mitad del siglo XVII pocos piqueros llevaban protecciones defensivas metálicas, que tenían un elevado coste, eran pesadas, no aseguraban la suficiente defensa ante las balas, y por lo tanto ya no eran tan útiles, al limitarse cada vez más las luchas entre piqueros, ante el avance de las tácticas militares con armas de fuego.

2.4. Uso de formaciones de infantería mixtas, que combinan distintas armas

Picas y armas de fuego estaban llamadas a entenderse durante los siglos XVI y XVII, ya que hasta la introducción –y generalización–, de la bayoneta a finales del siglo XVII, y fundamentalmente durante el siglo XVIII, la infantería no dispondrá de un arma eficaz para rechazar un ataque de caballería⁹². La irrupción del fusil y la bayoneta dejaron obsoleta a la pica, haciendo que rápidamente desapareciera de los campos de batalla, ya que tácticamente había dejado de tener sentido. Pero también la implantación de la bayoneta hará que la espada –claro símbolo del guerrero– desaparezca de la indumentaria básica del infante, aunque se mantendrá entre los oficiales y la caballería.

Durante la batalla la infantería de los Tercios formaban en tres grupos diferenciados, combinándose y apoyándose las picas con las armas de fuego. El escuadrón formado por piqueros, su guarnición de arcabuceros –que daba protección a las picas con su fuego–, y las mangas formadas exclusivamente por mosquetes y arcabuces. Los piqueros sólo combatían en última instancia, por lo que la parte ofensiva y móvil eran las mangas, que en general tenía el mayor peso de la batalla con su fuego constante sobre el enemigo. El escuadrón era la parte más defensiva, y estática. En el centro del escuadrón, el lugar mejor defendido, se hallan siempre las banderas, pero también podía albergar los bagajes u otros elementos. A ambos lados del escuadrón, o en cada ángulo, podía situarse una manga de tiradores, cuya potencia de fuego podía resultar sumamente efectiva y que, en caso de ataque de la caballería, podía refugiarse en el interior del escuadrón⁹³.

⁹² Lynn, John A.: *Giant of the Grand Siècle. The French Army 1610-1715*. Cambridge University Press, Cambridge, 1997, pp. 464-465.

⁹³ Sobre los escuadronar, y los diferentes modelos: Barroso, Bernardino: *op. cit.*, pp. 54 y ss; Eguiluz, Martín de: *op. cit.*, pp. 139 y ss; Pozuelo de Espinosa, Francisco: *Compendio de los escuadrones modernos, regulares, e irregulares*. Francisco Sanz, Madrid, 1690.

En campo abierto, las armas de fuego siempre estaban junto a los piqueros, para poder refugiarse tras ellos en caso de apuro. Si bien en los primeros tiempos los veteranos solían mofarse de las primitivas armas de fuego, diciendo que sólo servían para asustar, haciendo más ruido que otra cosa, éstos claramente se equivocaban, ya que un arcabuz en unas manos diestras era un arma digna a tener en cuenta⁹⁴. Sin duda alguna las guerras del siglo XVI estuvieron marcadas por los éxitos de la arcabucería española, ya que sería España la primera nación en introducir el uso masivo de armas de fuego en los campos de batalla, y desde el Gran capitán buena parte de los triunfos españoles se deben a esta arma. El arcabucero se convirtió en el principal elemento ofensivo del Tercio. Distribuido en el combate en mangas, con gran movilidad hacía fuego sobre el enemigo y podía refugiarse en el interior del escuadrón de picas ante cualquier ataque, especialmente de la caballería, ya que la escasa cadencia de tiro no les permitía hacerla frente, ya que a lo sumo un arcabucero podía efectuar un sólo disparo antes de que una carga de caballería se le echara encima⁹⁵. Los arcabuceros eran soldados polivalentes, muy útiles para la clase de combates que practicaban los españoles. Eran esenciales en los golpes de mano y asaltos, ante su alta movilidad, ya que su armamento defensivo se había aligerado hasta quedar reducido a un morrión que les cubría la cabeza. El arcabucero se convirtió en el prototipo de soldado de los Tercios del siglo XVI, ya que incluso algunos teóricos se hacen eco de que todos querían servir en esos puestos, ya que los hombres iban menos sobrecargados, por lo que eran mucho más versátiles y móviles, teniendo muchas más opciones de participar en golpes de mano y saqueos⁹⁶.

Durante el reinado de Felipe II la proporción entre picas y armas de fuego continuaría cambiando a favor de las armas de fuego, y a la altura de 1594 se indicaba que las nuevas compañías que se reclutaban en Castilla para Italia debían contar con 125 picas, 100 arcabuces y 25 mosquetes⁹⁷. Las ordenanzas de 1598 volverían sobre el tema determinando que una compañía de 250 soldados debía tener 130 piqueros, 100 arcabuceros y 20 mosqueteros⁹⁸, mientras que las ordenanzas de 1603 establecían que la mitad de las compañías –fijadas en 100 hombres para los Tercios que servían fuera de la península– estarían compuestas por piqueros, y la otra mitad por tiradores,

⁹⁴ Scarión, Bartolomé: *op. cit.*, p.92.

⁹⁵ Eguiluz, Martín de: *op. cit.*, pp. 190-191.

⁹⁶ Mesa Gallego, Eduardo de: *La Pacificación de Flandes. Spinola y las campañas de Frisia (1604-1609)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, pp. 196-199.

⁹⁷ AGS, G, leg. 127. Carta del rey a Don Juan de Acuña Vela, capitán general de la Artillería, 1594.

⁹⁸ Ordenanzas Militares, San Lorenzo, 8/8/1598, en: García Hernán, Enrique: *Milicia general en la edad moderna. El batallón de Don Rafael de la Barreda y Figueroa*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2003, p. 271.

con al menos el 10% de mosqueteros⁹⁹, por lo que a partir de entonces la mitad de los hombres disponían de armas de fuego.

La teoría no siempre era seguida, algo que podemos observar gracias a las muestras que pasaban las tropas. De hecho parece que en desde muy pronto las unidades que servían en Sicilia mantenían una alta potencia de fuego, ya que las muestras de 1572 y 1574 dan como resultado que entre el 70 y 80% de la infantería disponía de arcabuces y mosquetes¹⁰⁰. En otros casos la ratio entre armas de fuego y picas era menor, sobre todo cuando se trataba de soldados recién reclutados que se embarcaban desde España, como los 3.719 que lo hicieron en 1594 en las galeras para Italia (de los que el 53% disponía armas de fuego)¹⁰¹, o los 2.460 que llegaron a Flandes por mar en 1615, de los que el 55% llevaban esa clase de armas¹⁰². Pero a partir de comienzos del siglo XVII aumentó el número de bocas de fuego de los ejércitos españoles por encima de los dictados de las ordenanzas, y en 1601 la muestra del Ejército de Flandes indica que el 62% de la infantería española usaba mosquetes y arcabuces¹⁰³.

Las nuevas ordenanzas de 1632 volverían a modificar la proporción de piqueros por compañía, a 70 de 200 soldados efectivos –sólo un 35%–, haciendo evidente la progresiva importancia que iba cobrando el arma de fuego¹⁰⁴. A pesar de ello, durante el resto del siglo XVII el número de piqueros sólo llegaría a descender levemente debido el avance táctico y numérico de la caballería –fundamentalmente a partir de la década de 1640–, lo que contribuirá a que no se abandone del todo la pica. Esta seguía siendo el arma esencial para mantener a un escuadrón de infantería a salvo de la caballería. Sin la pica las armas de fuego quedaban expuestas a ser arrolladas por cualquier carga. Durante la segunda mitad del siglo XVII el armamento de las compañías estuvo regulado a partes iguales entre arcabuces, mosquetes y picas¹⁰⁵. La ordenanza promulgada en Flandes en 1685 por el Maestre de Campo General D. Francisco Antonio de Agurto para unificar voces y movimientos, estimaba en sus ejemplos que un tercio podía tener 436 hombres para formar escuadrón, de entre los cuales había 144 piqueros, 144 mosqueteros y 148 arcabuceros¹⁰⁶.

⁹⁹ Belloso Martín, Carlos: *op. cit.*, p. 163.

¹⁰⁰ *Ibidem*, pp. 123 y 133.

¹⁰¹ AGS, G, leg. 127 f. 3. Muestra de la infantería embarcada, 1594.

¹⁰² AGS, E, leg. 629 f. 133. Relación del número de gente que hubo en las 38 compañías de infantería española, 29/10/1615.

¹⁰³ Parker, Geoffrey: *El Ejército...*, *op. cit.*, p. 321.

¹⁰⁴ AGS, SP, leg. 1431. Ordenanzas Militares impresas de 1632.

¹⁰⁵ AGS, GA, Libro 345 f. 153. Relación de lo que importa cada mes, y en un año, el socorro de un tercio de infantería española, 14/1/1678.

¹⁰⁶ Portugués, Joseph Antonio: *Colección General de Ordenanzas militares*. Imprenta de Antonio Martín, Madrid, 1764, Tomo I, pp. 177 y ss.

Las continuas reformas del contingente español en Flandes durante el siglo XVII no modificarían demasiado estas premisas, aunque progresivamente se irían reduciendo el número de soldados por compañía para ajustarse a la realidad y ante la tendencia en todos los ejércitos de incrementar el número de oficiales. Cuando en 1691 se reestructura el ejército de Flandes, se establece que los Tercios Españoles deben quedar reducidos a unidades que mantengan 15 compañías, compuestas cada una de ellas por seis oficiales (capitán, alférez, sargento, barbero y tambor), 50 soldados (de los que 3 de ellos serían cabos de escuadra) y 5 oficiales reformados (1 capitán, 2 alféreces y 2 sargentos). De los 750 soldados rasos, 275 serían mosqueteros, 275 arcabuceros y 200 coseletes¹⁰⁷.

Durante el siglo XVII la preeminencia de los arcabuceros terminará, ya que el mosquete se apropiará definitivamente del campo de batalla. Serán en primer lugar los holandeses y suecos, los que modifiquen sus mosquetes, recortando sus dimensiones y aligerándolos para que no hiciera falta el uso de horquillas para ser disparados, eliminando los arcabuces de sus armerías, quedándose sólo con un tipo de arma de fuego¹⁰⁸. Por su calibre, esta arma estaba a medio camino entre el arcabuz y el mosquete que empleaban los españoles, que hasta la llegada del fusil no eliminaron ninguna de las dos armas. Pero el mosquete que usaban los españoles en la segunda mitad del siglo XVII en Flandes era algo menos pesado, y se le había recortado el cañón para aligerarlo y evitar el uso de la horquilla, aunque seguía proviniendo de las herrerías vascas, al ser mucho más apreciados debido a su hierro de mejor calidad y temple. En 1682 se decía de ellos en Flandes que *“son los que por la gran ventaja de su alcance han dado horror siempre a los enemigos, y crédito grande a nuestras bocas de fuego”*¹⁰⁹. La versatilidad y potencia de este arma hará que el prototipo del soldado español del siglo XVII sea el mosquetero.

3. La caballería: cambios tácticos y su evolución

Durante la Edad Media la caballería pesada era sin duda la reina de los campos de batalla, ya que sus cargas parecían imparables, por lo que el campo abierto la infantería estaba prácticamente a su merced. Pero durante la Guerra de los Cien Años, e incluso en otras contiendas paralelas, se de-

¹⁰⁷ AGS, E, leg. 3885. Relación de lo que importará una paga, 1691.

¹⁰⁸ Van Nimwegen, Olaf: *The Dutch Army and the Military Revolutions 1588-1688*. Boydell, Woodbridge, 2010, pp. 396-399.

¹⁰⁹ AGS, E, leg. 3871. Consulta del Consejo de Estado, 16/8/1682.

mostrarían que la caballería podía ser vencida por la infantería con facilidad y sin excesivas bajas, tanto de cerca como a distancia. En Crecy (1346), Poitiers (1356), Azincourt (1415) o Aljubarrota (1385), la flor de los caballeros franceses es derrotada por los arcos largos ingleses ayudados por caballeros desmontados, líneas de estacas, zanjas o fortificaciones de campo¹¹⁰. Los ingleses sustituyen las cargas frontales de caballería –típicamente medievales–, por una nueva baza, ante sus limitaciones económicas y humanas, ya que un plebeyo armado con un arco era más barato de reclutar y alimentar. El uso masivo de los proyectiles contra las masas de caballería, con una lluvia de flechas lanzadas con enorme rapidez, cimentará las victorias inglesas en los campos de batalla de Francia, si bien eso no les ayudará a ganar la guerra¹¹¹.

Pero la caballería no sólo era vencida por los proyectiles. Cuando en la batalla de Morat (1476) el último gran señor feudal francés, Carlos el Temerario, Duque de Borgoña, estrella a sus caballeros cubiertos de hierro contra una falange de piqueros Suizos –plebeyos convertidos en soldados de oficio–, moría una época¹¹². La caballería pesada había perdido su sitio en la batalla, aunque algunos como los franceses no parece que asimilaran el cambio, ya que incluso en Pavía (1525) la gendarmería francesa –con su rey a la cabeza– sería vencida en su carga, esta vez por los arcabuceros españoles¹¹³.

Durante el siglo XVI la caballería pasó de ser el elemento principal que había sido en los ejércitos la Edad Media a un arma secundaria, usada simplemente para apoyar a la infantería, una de las grandes transformaciones que empezó a poner en práctica el Gran Capitán. La complicada orografía de la Península Ibérica supuso que la caballería pesada de origen noble o los hombres de armas no pudiera alcanzar un rol tan significativo como en el resto de Europa, algo especialmente evidente en la fase final de la Reconquista ante el abrupto relieve de la frontera Nazarí. En los ejércitos españoles de finales del siglo XV hubo un predominio de los jinetes ligeros, armados al estilo musulmán –con adarga, espada y lanzas–, y que montaban sillas con estribos cortos –por lo que llevaban las piernas dobladas, pero en posición vertical desde la rodilla–, lo que les permitía coger un mayor impulso con las piernas y lograr una mayor movilidad. Tácticamente desempeñaban la-

¹¹⁰ Barker, Juliet: *Agincourt: The King, the Campaign, the Battle*. Little Brown, Londres, 2005.
Bennett, Matthew: *Agincourt 1415*. Osprey, Londres, 1991.

¹¹¹ Contamine, Philippe: *La Guerra de los Cien años*. Rialp, Barcelona, 2014.

¹¹² Bennett, Matthew; Bradbury, Jim; DeVries, Kelly; Dickie, Iain y Jestice, Phyllis G.: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. Libsa, Madrid, 2007, pp. 121 y ss. Arnold, Thomas: *The Renaissance at War*. Cassell&Co, Londres, 2001, pp. 87 y ss.

¹¹³ Konstam, Angus: *Pavia 1525: The Climax of the Italian Wars*. Osprey, Oxford, 1996.

bores de exploración, y en combate se destacaban por flanquear y acosar al enemigo, dividirlo y perseguirlo, aprovechándose de las posibilidades que daba el terreno abrupto, utilizando incluso retiradas fingidas¹¹⁴.

La mayor parte de la caballería que el Gran Capitán llevó en sus expediciones a Nápoles era de este tipo, y tras la derrota de Seminara (1495) se hizo evidente la superioridad en campo abierto de los hombres de armas franceses frente a la caballería española e italiana, al ser los primeros mucho más pesados. Pero al cambiar el Gran Capitán sus tácticas bélicas, y adaptarlas a las capacidades y la experiencia de su ejército, realizando una guerra de hostigamiento, escaramuzas y emboscadas, la caballería ligera encontró su sentido. Además el Gran capitán nunca contó con gran número de caballería, ya que en sus expediciones sólo entre el 10 y el 15% de sus fuerzas estaban montadas, por lo que era evidente que el peso del combate lo debía llevar la infantería¹¹⁵. Desde entonces, tácticamente la caballería será relegada a misiones secundarias y de exploración, no siendo nunca el elemento principal de la batalla, al quedar en muchos casos en reserva, teniendo la infantería el peso del combate. Sus misiones en una batalla campal quedaron definidas por maximizar la posible victoria –con la posterior persecución del enemigo–, o minimizar la derrota con una carga para dar tiempo al resto del ejército a huir o reorganizarse. Durante el siglo XVI la caballería flanqueaba la línea principal de los ejércitos españoles, pero en muchas batallas su empleo no fue decisivo como en Bicocha o Pavía, en gran medida porque su número era bastante escaso.

La Revolución Militar había permitido que los ejércitos aumentaran de tamaño¹¹⁶, pero realmente la caballería redujo su importancia y sus efectivos, algo muy presente desde tiempos del Gran Capitán. De poco servía la caballería en Flandes, al ser un terreno poco abierto, plagado de canales y sobre todo lleno de fortificaciones. El sistema de guerra de sitio que se practicaba en esas latitudes no dejaba lugar a la caballería, que a la vez era cara de mantener, lo que supuso la reducción de su tamaño. La caballería fue evolucionando hacia tácticas muy diferentes, desarrollándose la caballería ligera, orientándose sus funciones a labores de exploración y reconocimiento, protección de convoyes, la persecución del enemigo derrotado y a llevar a cabo acciones que requerían rapidez de movimientos. Un rol táctico en el que la caballería ligera era mucho más útil y práctica, a la par que más barata y fácil de mantener. Este tipo de tácticas habían sido practicadas en la re-

¹¹⁴ Sobre sus tácticas, Contamine, Philippe: *War in the Middle Ages*. Blackwell, Oxford, 1984, pp. 58 y ss. Oman, Charles: *op. cit.*, p. 51.

¹¹⁵ Quatrefages, René: *La revolución...*, *op. cit.*, pp. 120-121.

¹¹⁶ Parker, Geoffrey: *La Revolución...*, *op. cit.*, pp. 71 y ss.

conquista y las guerras de Italia, pero también se llevarán a cabo en Flandes. La caballería reducirá sus efectivos, de manera que en los primeros años de las guerras de Flandes –especialmente desde 1575– la proporción entre caballería e infantería podía alcanzar fácilmente un caballo por cada veinte infantes, sobrepasando en muchos casos dicho promedio¹¹⁷.

Durante la primera mitad del siglo XVI la caballería se siguió caracterizando fundamentalmente por practicar tácticas de choque, y llevar lanzas para maximizar sus cargas. Si bien en las guerras de Italia los españoles mantuvieron algunas compañías de hombres de armas, la mayor parte de su caballería –de origen italiano o hispano– era ligera. Las enseñanzas de Pavía habían demostrado la capacidad de la arcabucería frente a la caballería pesada, siempre y cuando el terreno les fuera ventajoso, o estuvieran a su resguardo, de ahí que en cierta manera los comandantes españoles subestimaran la capacidad de la caballería, y de su sentido en una batalla en campo abierto. En cambio los franceses mantuvieron aún importantes efectivos de caballería pesada y ligera durante las Guerras de Italia. Tropas que en la batalla de Cerisoles (1544) les darían la ventaja frente a las tropas de Carlos V, a las que vencerían infringiendo numerosas bajas. Durante la batalla la gendarmería francesa intentó cargar tres veces sin éxito a la infantería hispano-alemana dirigida por Cardona –que previamente se había deshecho de la infantería gascona e italiana que tenía enfrente–, sin conseguir sus objetivos, y teniendo numerosas bajas. Pero en el transcurso de la batalla la superioridad numérica de la caballería francesa, y su capacidad para deshacerse de la caballería hispano-italiana, contribuyó notablemente a la victoria francesa, haciendo evidente que la caballería seguía siendo necesaria en el campo de batalla, aunque sus cargas ya no eran efectivas¹¹⁸.

La invención de sistemas de ignición de armas de fuego en los que ya no era necesaria la acción de una mecha encendida –durante la primera mitad del siglo XVI–, como el sistema de rueda, y posteriormente el de chispa –más barato, menos delicado y capaz de producirse en masa–, hicieron que la caballería pudiera incorporar armas de fuego a su armamento. Hasta el momento era casi imposible poder disparar un arma de fuego montado en un caballo, ante la dificultad de mantener encendida una mecha. Esta innovación hizo que parte de la caballería abandonara la lanza, y las acciones de choque –nada efectivas ante la infantería bien organizada y armada con picas–, apareciendo los llamados herreruelos, reiters o coraceros, jinetes que iban armados con armas de fuego portátiles cortas, como las pistolas, y que

¹¹⁷ Parker, Geoffrey: *El Ejército...*, *op. cit.*, pp. 328-329.

¹¹⁸ Oman, Charles: *op. cit.*, pp. 231-236. Hall, Bert S.: *op. cit.*, pp. 186 y ss.

siguieron llevando protecciones defensivas metálicas¹¹⁹. La versatilidad que proporcionaba que la caballería pudiera también tener armas que también dañaran a distancia, hará que esta innovación se mantenga y generalice, por lo que desde finales del siglo XVI casi toda la caballería de Europa Occidental había abandonado la lanza en favor de las armas de fuego, si bien esta evolución fue progresiva¹²⁰.

Los españoles, ante su experiencia militar con el mundo otomano y nor-afriicano fueron más reacios a abandonar por completo la lanza –y las tácticas de caballería ligera–, ya que conocían bien la capacidad de la caballería húngara, croata y albanesa a la hora de enfrentarse a los turcos, teniendo una gran acogida los escritos sobre la caballería ligera¹²¹. De hecho la lanza jineta no se abandonaría en España hasta bien entrado el siglo XVII, y algunos cuerpos no profesionales de caballería siguieron llevándola, como la caballería de bergantiños gallegos¹²², si bien en la década de 1640 muchos terminaron sustituyendo la lanza por armas de fuego, como ocurrió en Málaga¹²³.

En el ejército profesional la transición fue anterior. El Duque de Alba transitó por primera vez el Camino Español (1567) con un escaso contingente de caballería compuesto por 1.200 jinetes en 12 compañías de caballos ligeros, 5 de españoles, 3 de italianos, 2 de albaneses, y 2 de arcabuceros a caballo españoles. La mayor parte de estas unidades seguían luchando con lanzas, pero también entre ellas se había introducido el arma de fuego¹²⁴. Los lanceros a caballo podían ser muy efectivos contra la caballería armada con pistolas, o contra la infantería ligera o desorganizada, pero requerían caballos adiestrados de mejor calidad que los que llevaban los coraceros, además de que el entrenamiento de clase de tropa llevaba más tiempo, al requerir formación individual y en grupo. Por ello su número se fue reduciendo en todos los ejércitos europeos¹²⁵.

Con los años la caballería fue evolucionando, y a finales del siglo XVI quedó configurada en tres grupos principales. Por un lado seguía habiendo ca-

¹¹⁹ Mendoza, Bernardino de: *Teórica y práctica de guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1998(original Madrid, 1595), p. 75.

¹²⁰ Van Nimwegen, Olaf: *op. cit.*, pp. 113 y ss. Haythonthwaite, Philip: *The English civil War 1642-1651*. Brockhampton, Londres, 1994, p. 49.

¹²¹ Basta, Giorgio: *Il governo della cavalleria leggiera*. Bernardo Giunta, Venecia, 1612 (con una edición española, Madrid 1642).

¹²² AGS, GA, legs. 1890 y 2533. Cartas de don Vicente Gonzaga, La Coruña, 2/4/1656, y del marqués de Villafiel, Vigo, 10/5/1681

¹²³ AGS, GA, leg. 1512. Carta de don Tomás de Mesía, Málaga, 25/8/1643.

¹²⁴ Mendoza, Bernardino de: *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Pedro Madrigal, Madrid, 1592, p. 29.

¹²⁵ Mesa Gallego, Eduardo de: *op. cit.*, pp. 199-200.

ballería pesada que combatía con lanzas, encuadrada en compañías de *lanzas*. Si bien los hombres llevaban amplias protecciones metálicas en la mayor parte del cuerpo, sus caballos no, aunque éstos eran grandes corceles, herederos de los caballos de batalla del medievo. También coexistía la evolución de esta caballería tradicional, que usaba también protecciones y armaduras, además de caballos más pesados, pero que fundamentalmente combatía con dos pistolas que descargaba cuando se acercaban al enemigo, pasando después a combatir con la espada u otra arma blanca, llamándose estas unidades compañías de *corazas*. El tercer grupo estaba formado por los *arcabuceros a caballo*, que montaban en caballos menos robustos, no contaban con armadura, y su principal arma era un arcabuz de arzón que podían disparar a lomos de sus caballos. Los españoles fueron de los primeros en introducir los arcabuceros a caballo, que actuaban como caballería ligera, y que en igualdad de condiciones estaban lejos de poder enfrentarse a sus compañeros que portaban corazas. Pese a ello ejercían misiones muy útiles y esenciales, pero no se les usaba para cargar al enemigo. Eran más bien unidades de intervención rápida, que en batalla debían ofrecer cobertura al resto de la caballería.

Las compañías de lanzas eran pocas, siendo una reminiscencia del mundo medieval noble. En los principales ejércitos de la monarquía —como los de Flandes¹²⁶ o Milán—, o la mayoría de los virreyes mantenían al menos una compañía de caballería de este tipo¹²⁷, incluso durante la segunda mitad del siglo XVII¹²⁸. Compañías que generalmente servían como custodia de los principales dignatarios y jefes del ejército, y sus hombres solían pertenecer a la élite social. Sus cargas aún podían ser efectivas, siendo una fuerza de choque, pero su número era muy escaso y su papel fue muy limitado, ya que su táctica había quedado totalmente obsoleta. Sólo en el norte de África el número de esta clase de caballería fue algo más elevado, ya que los magrebíes y otomanos no disponían de un gran número de piqueros y no solían formar escuadrones, por lo que una carga de caballería con lanzas podía llegar a ser tremendamente efectiva¹²⁹.

Dentro de la caballería el grupo más abundante durante el siglo XVII eran las compañías de corazas, que podemos considerar aún como caballería pesada.

¹²⁶ Haus, Hof und Staatsarchiv (Viena), Spanien Varia, Karton 12b, f. 70. Patente de capitán de la compañía de caballos lanzas españoles, Bruselas, 18/3/1646.

¹²⁷ Rodríguez Hernández, Antonio José: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007, p. 384.

¹²⁸ AHN, E, Libro 468. Relación general del ejército de Sicilia y de todas las personas que gozan sueldo, Palermo, 25/10/1681.

¹²⁹ AGS, GA, leg. 2679. Carta del gobernador de Orán, 27/10/1685. Relación de la gente efectiva de las compañías de caballos lanzas, Orán, 10/8/1685.

da. Pero en muchos casos sus tácticas eran muy conservadoras y secundarias en una batalla, al no poderse enfrentar a la infantería bien organizada en escuadrones por el miedo a sus arcabuces y picas. La caballería del siglo XVI solía luchar formando la *caracole*, que consistía en que la caballería descargaba sus pistolas sobre las formaciones enemigas en oleadas, para después situarse en la retaguardia de la formación, recargar sus armas y volver a disparar. Sólo en contadas ocasiones se cargaba. Sus armas principales eran de fuego, y a diferencia de las de la infantería tenían un tamaño mucho menor y llaves de rueda o chispa. El alcance de estas armas era más limitado, y a menudo solía fallar la ignición, de ahí que a los jinetes se les instruyese para disparar a bocajarro sobre el enemigo, sólo cuando podían ver las pupilas de sus ojos. Para mejorar la precisión y alcance se inventaría la carabina, que a pesar de la mejora no tenía la versatilidad y alcance del mosquete¹³⁰.

Durante todo el siglo XVI continuaron llegando por el Camino Español unidades de caballería española, italiana y albanesa acompañando a la infantería, aunque su número nunca fue excesivamente elevado. Según las cifras que recoge Parker –entre 1567 y 1639–, llegaron 11.800 jinetes a Flandes, lo que representaba sólo un 6% del total. De hecho, el contingente de caballería fue bastante reducido dentro del ejército de Flandes hasta las primeras décadas del siglo XVII, y sólo aumentaba la caballería cuando se debía combatir contra Francia, ya que al ser un país abierto se necesitaba más caballería, que se solía reclutar en los Países Bajos y sus cercanías para participar sólo en la campaña militar, prestándose poco cuidado a su reclutamiento, lo que a la postre provocará notables problemas. Durante la primera mitad del siglo XVII sólo las tres últimas expediciones que transitaron el Camino Español por su variante Alsaciana llevaron caballería –4.000 jinetes–, ante la posibilidad de tenerse que enfrentar a fuerzas enemigas durante su trayecto. Pero en total, en todo este periodo, por cada jinete que llegaba a Flandes lo hacían casi 20 infantes¹³¹. Por todo ello la presencia de españoles en la caballería no era muy elevada. En 1620 el marqués de Belveder –General de la caballería ligera del ejército de Flandes–, informaba que entre las 11 compañías de caballería española sólo había 300 españoles realmente, estando muy lejos de los 1.100 teóricos, ante la falta de reemplazos y la entrada en las compañías de soldados del país¹³², el prototipo de soldado español seguía siendo claramente el infante.

¹³⁰ Von Wallhausen, Johann Jacob: *Art militaire à cheval: instruction des principes et fondemens de la cavalerie*. Theodore de Bry, Frankfurt, 1616.

¹³¹ Parker, Geoffrey: *El Ejército...*, *op. cit.*, pp. 45-46 y 328-329.

¹³² AGS, E, leg. 2308. Carta del marqués de Belveder, Bruselas, 14/4/1620.

A la altura de las décadas de 1620-1630 el contingente de caballos corazas seguirá evolucionando y aligerándose, perdiendo protecciones defensivas para reducir el peso del equipo y ahorrar costes, ya que hasta el momento su indumentaria completa era excesivamente cara y muy pocos soldados se la podían permitir. La mayor efectividad de los mosquetes, su capacidad de penetración y su mayor difusión entre la infantería durante el siglo XVII también influirían en que se fueran desechando protecciones defensivas de metal, que frente a los mosquetes no servían demasiado. En base a estas premisas serían los suecos los primeros en ir introduciendo modificaciones, aligerando el armamento defensivo de su caballería para hacerla más rápida, generalizándose el uso de las cargas de caballería a galope con sables, a imitación de la caballería polaca contra la que habían combatido repetidamente, aunque también seguían utilizando armas de fuego, que sólo usaban para realizar una primera descarga antes de enfrentarse a sus enemigos con la espada¹³³. Este modelo táctico hizo de la caballería un elemento más ofensivo y determinante en la batalla, pero también en la guerra. Durante la Guerra de los Treinta años las unidades montadas demostraron en Alemania su utilidad y mayor movilidad en un espacio geográfico mucho más amplio y no tan poblado de fortificaciones muy modernizadas, siendo básicas a la hora de forrajear, realizar incursiones o escoltar convoyes. Su enorme movilidad les granjeaba flexibilidad y las permitía aprovisionarse mejor, por lo que la caballería terminó representando la mitad de las fuerzas de campaña que luchaban en Alemania¹³⁴.

Estas innovaciones sacaron del letargo táctico a la caballería, que de nuevo recuperaba poco a poco su papel en los ejércitos en base a su movilidad y a su renovada capacidad de cargar al enemigo, esta vez con la espada. Dichos cambios influirían fundamentalmente en las guerras entre España y Francia, y las nuevas guerras libradas en la península, en donde los terrenos más abiertos y llanos favorecían la movilidad de la caballería. A partir de la intervención francesa en la Guerra de los Treinta años (1635), la proporción de caballería frente a la infantería terminó elevándose en el Ejército de Flandes debido a que los franceses contaban con mucha más caballería que los holandeses, y de mejor calidad. En el Ejército de Flandes la proporción de caballería frente a la infantería cambió notablemente desde el tradicional

¹³³ Sobre la caballería sueca: Brzezinski, Richard: *The Army of Gustavus Adolphus 2: Cavalry*. Osprey, Oxford, 1993.

¹³⁴ Parrott, David: *Richelieu's Army: War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge University Press, Cambridge, 2001, p. 60 y "From military enterprise to standing armies: war, state and society in Western Europe, 1600-1700", en Tallett, Frank y Trim, D.J.B. (eds.): *op. cit.*, pp. 74-95, aquí p. 84.

uno o dos jinetes por cada 10 infantes –proporción que ya venía de la época del Gran Capitán–, hasta los 7 infantes por jinete, pasando la cifra a finales del siglo XVII a 5 infantes por cada montado, o incluso menos¹³⁵. La caballería ganó importancia y aumentó de tamaño, abaratándose su equipo para poder ser utilizada en mayor número, siendo en su mayoría caballos corazas, que ahora no llevaban una coraza completa, sino simplemente un peto y su espaldar, una celada borgoñota y como mucho alguna otra protección adicional en las extremidades¹³⁶, refundiéndose casi todas las compañías de arcabuceros en compañías de corazas, introduciéndose también las carabinas dentro del equipo habitual de la caballería¹³⁷. Incluso las Guardas de Castilla introdujeron pistolas en su armamento a partir de 1633, signo evidente del cambio¹³⁸.

Desde tiempos del Gran capitán y las Guerras de Italia la caballería de la monarquía en el exterior, estando formada por soldados de múltiples nacionalidades, siendo las compañías –con pie, u organización– de españoles muy pocas. En Flandes la caballería del ejército también se componía de italianos, borgoñones, valones y alemanes. Desde el siglo XVI la caballería estaba organizada en compañías, que podían reunir hasta 100 jinetes, aunque generalmente tenían menos. Las compañías estaban al mando de sus capitanes, pero salvo la caballería alemana, el resto de las naciones no se encuadraban en regimientos, Tercios o cualquier instancia de mando superior. Este sistema tenía su lógica en el siglo XVI cuando había pocos jinetes, pero con el tiempo el método se convertiría en un problema difícil de solventar, ante las complicaciones organizativas y de mando. Los capitanes de caballos no querían estar supeditados a otros, lo que hacía que las unidades carecieran de la coordinación necesaria, problema que se mostraría capital en alguna de las derrotas más significativas de España.

Todavía en tiempos del Cardenal Infante la caballería del Ejército de Flandes –reforzada por algunos regimientos veteranos alemanes provenientes del ejército imperial y gracias a algunos contingentes de calidad traídos por el Camino Español– fue capaz de dar excelentes resultados en la primera fase de la Guerra Franco-Española (1635-1659)¹³⁹. Pero en Rocroi ya quedaban pocos de esos veteranos, y la caballería española se demostró inferior a la francesa, que desde hacía algunos años se organizaba en forma

¹³⁵ Los datos en, Rodríguez Hernández, Antonio José: *Los Tambores...*, *op. cit.*, pp. 24-26.

¹³⁶ AGS, E, leg. 2056 f. 101. Carta de don Fernando Ruíz de Contreras, Madrid, 6/5/1641.

¹³⁷ AGS, E, leg. 4155. Junta de prevenciones del ejército, 14/5/1635.

¹³⁸ Real Cédula, 11/7/1633. Portugués, Joseph Antonio: *op. cit.*, Tomo I, pp. 128-130.

¹³⁹ Maffi, Davide: *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*. Actas, Madrid, 2014, pp. 204-212.

de regimientos. En Rocroi (1643) la caballería del Ejército de Flandes fue derrotada, retirándose del campo de batalla, dejando desamparada a la infantería española¹⁴⁰. Pero la derrota sería incluso más doliente en Lens (1648), ya que aunque los Tercios españoles iban ganando la batalla a la infantería francesa, se vieron obligados a retroceder por culpa de la caballería, en su mayor parte compuesta por mercenarios loreneses y de otras nacionalidades, que se retiró al poco de empezar el combate¹⁴¹.

La reacción dentro del seno del Ejército de Flandes no tardaría en llegar tras la derrota de Lens, castigándose a los culpables¹⁴² y modificando la estructura de la caballería, que a partir de entonces se organizó (salvo para el caso de alemanes y croatas) en Tercios¹⁴³. En España, en cambio, el sistema era algo diferente, y la caballería se organizó a través de Trozos¹⁴⁴, aunque el sistema era muy parecido. La introducción de estas modificaciones, junto con la revisión de los métodos de ascenso en la caballería, y la inclusión en ésta de muchos soldados veteranos procedentes de la infantería española o italiana, mejoraría la situación, y en unos años la caballería ya estaba en condiciones de enfrentarse a la francesa, llegando a vencer en varias ocasiones¹⁴⁵. Su calidad mejoraría con el tiempo, hasta el punto que la caballería sería elogiada por los holandeses y aliados que lucharon junto a España frente a los franceses durante la segunda mitad del siglo XVII, que cuando era posible intentaban incorporarla a sus ejércitos de campaña ante la debilidad de su propia caballería¹⁴⁶. De hecho la caballería hispana tuvo un rendimiento excelente en batallas como Seneffe (1674), ya que su valentía y arrojo permitieron la reorganización del ejército aliado a costa de numerosas bajas¹⁴⁷. A pesar de que se ha considerado a la caballería española como un arma en decadencia durante la segunda mitad del siglo XVII, al mirar exclusivamente a la tratadística militar¹⁴⁸, la realidad que nos ofrecen los documentos nos informa de lo contrario, siendo ésta una de las grandes variaciones de la idiosincrásica y doctrina militar española impartida por las enseñanzas del Gran Capitán.

¹⁴⁰ AGS, E, leg. 2059. Consulta del Consejo de Estado, 17/6/1643.

¹⁴¹ AGS, E, leg. 2068. Carta del conde de Fuensaldaña, Bruselas, 19/9/1648.

¹⁴² AGS, E, leg. 2071. Consulta del Consejo de Estado, 26/10/1649.

¹⁴³ AGS, E, leg. 2068. Consulta del Consejo de Estado, 2/10/1648.

¹⁴⁴ AGS, GA, leg. 1711. Junta de Guerra de España, 30/12/1649.

¹⁴⁵ Rodríguez Hernández, Antonio José: *España, Flandes...*, *op. cit.*, pp. 177 y 181-185.

¹⁴⁶ AGS, E, leg. 2117. Copia del papel que los diputados extraordinarios de los Estados General dieron a S.E., Bruselas, 18/3/1672.

¹⁴⁷ AGS, E, leg. 2.126. Carta del conde de Monterrey, Gobernador de los Países Bajos, Bruselas, 12/7/1674. Consulta del Consejo de Estado, 7/9/1674.

¹⁴⁸ Gómez Molinet, Diego: *El ejército de la Monarquía Hispánica a través de la Tratadística Militar, 1648-1700*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007, pp. 111 y ss.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMIRANTE, José: *Diccionario militar. Etimológico, histórico, tecnológico*. Imprenta del depósito de Guerra, Madrid, 1869.
- ANDÚJAR CASTILLO, Francisco: *Ejércitos y Militares en la Época Moderna*. Síntesis, Madrid, 1999.
- ARNOLD, Thomas: *The Renaissance at War*. Cassell&Co, Londres, 2001.
- BARBASÁN LAGUERUELA, Casto: *Las primeras campañas del Renacimiento*. Imprenta J. Peláez, Toledo, 1890.
- BARKER, Juliet: *Agincourt: The King, the Campaign, the Battle*. Little Brown, Londres, 2005.
- BARNETT, Correlli: *Britain and her Army 1509-1970. A military, political and social survey*. Penguin, Londres, 1970.
- BARROSO, Bernardino: *Teoría, practica y exemplos*. Cario Antonio Malatesta, Milán, 1628.
- BASTA, Giorgio: *Il governo della cavalleria leggiera*. Bernardo Giunta, Venecia, 1612.
- BELLOSO MARTÍN, Carlos: *La antemuralla de la monarquía: Los tercios españoles en el reino de Sicilia en el siglo XVI*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2010.
- BENNETT, Matthew: *Agincourt 1415*. Osprey, Londres, 1991.
- BENNETT, Matthew; BRADBURY, Jim; DEVRIES, Kelly; DICKIE, Iain y JESTICE, Phyllis G.: *Técnicas bélicas del mundo medieval*. Libsa, Madrid, 2007.
- BLACK, Jeremy: *European Warfare, 1494-1660*. Routledge, Londres, 2002.
- BORJA PÉREZ, Jorge: *La historia de las armas de fuego portátiles a través de la colección del museo del ejército*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1999.
- BRZEZINSKI, Richard: *The Army of Gustavus Adolphus 2: Cavalry*. Osprey, Oxford, 1993.
- CARDINI, Franco: “El guerrero y el caballero”, en Le Goff, Jacques (ed.): *El hombre medieval*. Alianza, Madrid, 1990.
- CARRASCO MARTÍNEZ, Adolfo: “Guerra y virtud nobiliaria en el Barroco. Las Noblezas de la Monarquía Hispánica frente al fenómeno bélico (1598-1659)”, en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Laberinto, Madrid, 2006, vol. II.
- CASTILLO CÁCERES, Francisco y Valdés Sánchez, Aurelio (eds.): *Artillería y fortificaciones en la Corona de Castilla durante el reinado de Isabel la Católica, 1474-1504*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2004.

- CHILDS, John: *The army of Charles II*. Routledge, Londres, 1976.
- CLONARD, Conde de: *Historia orgánica de las armas de infantería y caballería españolas desde la creación del ejército permanente hasta el día*. Imprenta D.B. González, Madrid, 1851-62, tomo IV.
- COBOS GUERRA, Fernando (ed.): *La artillería de los Reyes Católicos*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2004.
- COBOS GUERRA, Fernando y CASTRO FERNÁNDEZ, Javier de: “La fortaleza de Salsas y la fortificación de transición española”, en *Castillos de España* nº110-111, 1998.
- CONTAMINE, Philippe: *War in the Middle Ages*. Blackwell, Oxford, 1984.
- : *La Guerra de los Cien años*. Rialp, Barcelona, 2014.
- Contreras Gay, José: “Las milicias en el Antiguo Régimen. Modelos, características generales y significado histórico”, en *Chronica Nova*, nº20, 1992.
- : “Consideraciones generales sobre la defensa de la Península entre 1580 y 1640”, en *El Mediterráneo: hechos de relevancia histórico-militar y sus repercusiones en España, (Sevilla, 9-12 de mayo de 1995): V Jornadas Nacionales de Historia Militar*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 1998.
- COOK, Weston F.: “The cannon conquest of Nasrid Spain and the end of the Reconquista”, en *The Journal of Military History*, nº57, 1993.
- DOYLE, William: *Venality. The sale of offices in Eighteenth-Century France*. Clarendon, Oxford, 1996.
- EGUILUZ, Martín de: *Discurso y regla militar*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2001.
- FOWLER, Kenneth: *Medieval Mercenaries. Vol. I. The Great Companies*. Blackwell, Oxford, 2000.
- GARCÍA HERNÁN, Enrique: *Milicia general en la edad moderna. El batallón de Don Rafael de la Barreda y Figueroa*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2003.
- GÓMEZ MOLINET, Diego: *El ejército de la Monarquía Hispánica a través de la Tradadística Militar, 1648-1700*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
- HALL, Bert S.: *Weapons and warfare in Renaissance Europe*. John Hopkins University Press, Londres, 1997.
- HAYTHONTHWAITE, Philip: *The English civil War 1642-1651*. Brockhampton, Londres, 1994.
- HERNANDO SÁNCHEZ, Carlos José: “Non Svfficit orbis? Las estrategias de la Monarquía de España”, en Ribot, Luis (coord.): *Historia Militar de*

- España. Edad Moderna II. Escenario europeo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2013.
- IGLESIA, Eugenio de la: *Estudios históricos-militares sobre las campañas del Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba*, Madrid, 1871.
- JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio: “Don Gonzalo de Córdoba: el genio militar y el nuevo arte de la guerra al servicio de los Reyes Católicos”, en *Chronica Nova*, nº 30, 2003-2004.
- : “El reclutamiento en la primera mitad del siglo XVII y sus posibilidades venales”, en Andújar Castillo, Francisco y Felices de la Fuente, María del Mar (eds.): *El poder del dinero. Venta de cargos y honores en la España del Antiguo Régimen*. Biblioteca Nueva, Madrid, 2011.
- KEEN, Maurice: *Historia de la Guerra en la Edad Media*. Antonio Machado, Madrid, 2006.
- KONSTAM, Angus: *Pavia 1525: The Climax of the Italian Wars*. Osprey, Oxford, 1996.
- LADERO GALÁN, Aurora: “«La frontera de Perpiñán». Nuevos datos sobre la primera guerra del Rosellón (1495-1499)”, *En la España Medieval*, nº27, 2004.
- : “Artilleros y artillería de los Reyes Católicos (1495-1510)”, en García Hernán, Enrique y Maffi, Davide (eds.): *Guerra y sociedad en la Monarquía Hispánica. Política, estrategia y cultura en la Europa Moderna (1500-1700)*. Laberinto, Madrid, 2006, vol. I.
- LADERO GALÁN, Aurora y LADERO QUESADA, Miguel Ángel: “Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Algunos presupuestos y cuentas de gastos entre 1493 y 1500”, en *Revista de Historia Militar*, nº92, 2002.
- LADERO QUESADA, Miguel Ángel: *Milicia y economía en la Guerra de Granada: El cerco de Baza*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 1965.
- : *Castilla y la conquista del Reino de Granada*. Diputación de Granada, Granada, 1987.
- : *Hernando de Zafra: secretario de los Reyes Católicos*. Dykinson, Madrid, 2005.
- : “Fuerzas navales y terrestres de los Reyes Católicos en la primera guerra de Nápoles (1494-1497)”, en *Revista de Historia Naval*, nº100, 2008.
- : *Ejércitos y armadas de los Reyes Católicos. Nápoles y El Rosellón (1494-1504)*. Real Academia de la Historia, Madrid, 2010.
- : “Baja Edad Media”, en Ladero Quesada, Miguel Ángel (coord.): *Historia Militar de España. Edad Media*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2010.

- LANUZA CANO, Francisco: *El ejército en tiempo de los Reyes Católicos*. Imp. Federico Domenech, Madrid, 1953.
- LIEBESKIND RIVINUS, Amadeo: “Las relaciones hispano-suizas en tiempo de don Fernando el Católico y la imagen de España en los espíritus suizos de la época”, en VV.AA., *Pensamiento político, política internacional y religiosa de Fernando el Católico*. Inst. Fernando el Católico, Zaragoza, 1956.
- LONDOÑO, Sancho de: *Discurso sobre la forma de reducir la disciplina militar a mejor y antiguo estado*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1992.
- LYNN, John A.: *Giant of the Grand Siècle. The French Army 1610-1715*. Cambridge University Press, Cambridge, 1997.
- MAFFI, Davide: “Las Guerras de los Austrias”, en Ribot, Luis (Coord.): *Historia Militar de España. Edad Moderna II. Escenario europeo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2013.
- : *En defensa del Imperio. Los ejércitos de Felipe IV y la guerra por la hegemonía europea (1635-1659)*. Actas, Madrid, 2014.
- MALLET, Michael: *Mercenaries and their Masters. Warfare in Renaissance Italy*. Bodley Head, Londres, 1974.
- MALLET, Michael y SHAW, Christine: *The Italian Wars, 1494-1559. War, State and Society in Early Modern Europe*. Longman, Harlow, 2012.
- MAQUIAVELO, Nicolás: *Del arte de la Guerra*. Tecnos, Madrid, 1988.
- MARICHALAR RODRÍGUEZ, Antonio: *Julián Romero*. Espasa-Calpe, Madrid, 1952.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique: *Los Soldados del Rey. Los ejércitos de la Monarquía Hispánica (1480-1700)*. Actas, Madrid, 2008.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y PI CORRALES, María de Pazzis: *Las Guardas de Castilla: Primer ejército permanente español*. Sílex, Madrid, 2012.
- MATA CARRIAZO, Juan de: “Historia de la Guerra de Granada”, en Menéndez Pidal, Ramón (Dir.): *Historia de España*. Espasa-Calpe, Madrid, 1969, tomo XVII/1.
- MCJOYNT, Albert D.: “Introducción” a la obra de Prescott, William H.: *The Art of War in Spain: The Conquest of Granada (1481-1492)*. Greenhill, Londres, 1995.
- MEARS, John A.: “The Emergence of the Standing Professional Army in Seventeenth-Century Europe”, en *Social Science Quarterly*, nº50:1, 1969.
- : “The Thirty Years’ War, the “General Crisis,” and the Origins of a Standing Professional Army in the Habsburg monarchy”, en *Central European History*, nº21:2, 1988.

- MENDOZA, Bernardino de: *Comentarios de don Bernardino de Mendoza de lo sucedido en las guerras de los Países Bajos, desde el año de 1567 hasta el de 1577*. Pedro Madrigal, Madrid, 1592.
- : *Teórica y práctica de guerra*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1998.
- MESA GALLEGO, Eduardo de: *La Pacificación de Flandes. Spínola y las campañas de Frisia (1604-1609)*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- MILLER, Douglas: *The Swiss at War 1300-1500*. Osprey, Oxford, 1979.
- OMAN, Charles: *A History of the Art of War in the Sixteenth Century*. Methuen, Londres, 1937.
- PARKER, Geoffrey: *El ejército de Flandes y el Camino Español 1567-1659*. Alianza, Madrid, 1991.
- : *La revolución militar. Innovación militar y apogeo de Occidente (1500-1800)*. Crítica, Barcelona, 1990.
- : *La gran estrategia de Felipe II*. Alianza, Madrid, 1998.
- PARROTT, David: *Richelieu's Army: War, Government and Society in France, 1624-1642*. Cambridge University Press, Cambridge, 2001.
- : "From military enterprise to standing armies: war, state and society in western Europe, 1600-1700", en TALLETT, Frank y TRIM, D.J.B. (eds.): *European Warfare 1350-1750*. Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- PIERI, Piero: *Il Rinascimento e la crisi militare italiana*. Einaudi, Turín, 1952.
- : "Consalvo di Cordova e le origine del moderno esercito spagnolo", en Boscolo, Alberto et al. (eds.): *Fernando "el Católico" e Italia*. Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1954.
- PORTUGUÉS, Joseph Antonio: *Colección General de Ordenanzas militares*. Imprenta de Antonio Martín, Madrid, 1764, Tomo I.
- POTTER, David: *War and government in the French provinces. Picardy 1470-1560*. Cambridge University Press, Cambridge, 1993.
- : *Renaissance France at War Armies, Culture and Society, 1480-1560*. Boydell, Woodbridge, 2008.
- POWER, James F.: *A Society Organized for War: The Iberian Municipal Militias in the Central Middle Ages 1000-1284*. University of California Press, Berkeley, 1988.
- POZUELO DE ESPINOSA, Francisco: *Compendio de los esquadrones modernos, regulares, e irregulares*. Francisco Sanz, Madrid, 1690.
- PUDDU, Raffaele: *El soldado gentilhomme*. Argos Vergara, Barcelona, 1984.
- QUATREFAGES, René: *Los Tercios*. Ed. Ejército, Madrid, 1983.

- : *La revolución militar moderna. El crisol español*. Ministerio de Defensa, Madrid, 1996.
- RIBOT GARCÍA, Luis: “Las Provincias Italianas y la defensa de la Monarquía”, en *Manuscrits*, nº13, 1995, pp. 97-122.
- RICHARDS, John: *Landsknecht Soldier 1486-1560*. Osprey, Oxford, 2002.
- RODRÍGUEZ HERNÁNDEZ, Antonio José: *España, Flandes y la Guerra de Devolución (1667-1668). Guerra, reclutamiento y movilización para el mantenimiento de los Países Bajos españoles*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
- : “Patentes por soldados. Reclutamiento y venalidad en el ejército durante la segunda mitad del siglo XVII”, en *Chronica Nova*, nº33, 2007.
- : *Los Tambores de Marte. El Reclutamiento en Castilla durante la segunda mitad del siglo XVII (1648-1700)*. Universidad de Valladolid, Valladolid, 2011.
- : “Los primeros ejércitos peninsulares y su influencia en la formación del Estado Moderno durante el siglo XVII”, en González Enciso, Agustín (ed.): *Un Estado Militar. España, 1650-1820*. Actas, Madrid, 2012.
- : “Los hombres y la Guerra”, en Ribot, Luis (Coord.): *Historia Militar de España. Edad Moderna II. Escenario europeo*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2013.
- RODRÍGUEZ VILLA, Antonio (ed.): *Las crónicas del Gran Capitán*. Bailly-Bailliére e Hijos, Madrid, 1908.
- ROGERS, Clifford J.: “Tactics and the face of battle”, en Tallett, Frank y Trim, D.J.B. (eds.): *European Warfare 1350-1750*. Cambridge University Press, Cambridge, 2010.
- ROWLANDS, Guy: *The Dynastic State and the Army under Louis XIV. Royal Service and Private Interest, 1661-1701*. Cambridge University Press, Cambridge, 2002.
- SALA Y ABARCA, Fco. Ventura de la: *Después de Dios la Primera obligación y glosa de órdenes militares*. Gerónimo Fasulo, Nápoles, 1681.
- SANTA CRUZ, Alonso de: *Crónica de los Reyes Católicos*. Escuela de Estudios Hispano-Americanos, Sevilla, 1951, 2 vols.
- SCARIÓN, Bartolomé: *Doctrina militar*. Pedro Crasbeeck, Lisboa, 1598.
- SUÁREZ FERNÁNDEZ, Luis: *Los Reyes Católicos. El tiempo de la guerra de Granada*. Rialp, Madrid, 1989.
- : *Los Reyes Católicos. El camino hacia Europa*. Rialp, Madrid, 1990.
- TALLET, Frank: *War and society in Early-Modern Europe, 1495-1715*. Routledge, Londres, 1995.
- TAYLOR, Francis L.: *The Art of War in Italy, 1494-1529*. Cambridge University Press, Cambridge, 1921.

- THOMPSON, I.A.A.: *Guerra y decadencia. Gobierno y administración en la España de los Austrias, 1560-1620*. Crítica, Barcelona, 1981.
- : “Milicia, sociedad y estado en la España Moderna”, en Vaca Lorenzo, Ángel (ed.): *La Guerra en la Historia*. Universidad de Salamanca, Salamanca, 1999.
- : “El soldado del Imperio: Una aproximación al perfil del recluta español en el Siglo de Oro”, en *Manuscrits*, nº 21, 2003.
- : “Consideraciones sobre el papel de la nobleza como recurso militar e la España Moderna”, en Jiménez Estrella, Antonio y Andújar Castillo, Francisco (Eds.): *Los Nervios de la guerra. Estudios sociales sobre el Ejército de la Monarquía Hispánica (s. XVI- XVIII): nuevas perspectivas*. Comares, Granada, 2007.
- TORE, Gian Paolo: *Il Tercio de Cerdeña (1565-1568)*. ETS Edizioni, Cagliari, 2006.
- TORRE, Antonio de la: *Los Reyes Católicos y Granada*. CSIC, Madrid, 1946.
- VALE, Malcolm: *War and Chivalry. Warfare and Aristocratic Culture in England, France and Burgundy at the End of the Middle Ages*. Gerald Duckworth, Londres, 1981.
- VAN NIMWEGEN, Olaf: *The Dutch Army and the Military Revolutions 1588-1688*. Boydell, Woodbridge, 2010.
- VARELA MERINO, Elena: *Los galicismos en el español de los siglos XVI y XVII*. CSIC, Madrid, 2009, Vol. 1.
- VIGÓN, Jorge: *El ejército de los Reyes Católicos*. Editora Nacional, Madrid, 1968.
- VON WALLHAUSEN, Johann Jacob: *Art militaire à cheval: instruction des princes et fondemens de la cavalerie*. Theodore de Bry, Frankfurt, 1616.
- WILSON, Peter Hamish: *German Armies: War and German Politics, 1648-1806*. UCL Press, Londres, 1998.
- ZURITA, Jerónimo: *Historia del rey don Hernando el Católico: de las empresas y ligas de Italia*. Diputación General de Aragón, Zaragoza, 1989-1996, 6 vols.